

JULIO ORLANDI - ALEJANDRO RAMIREZ

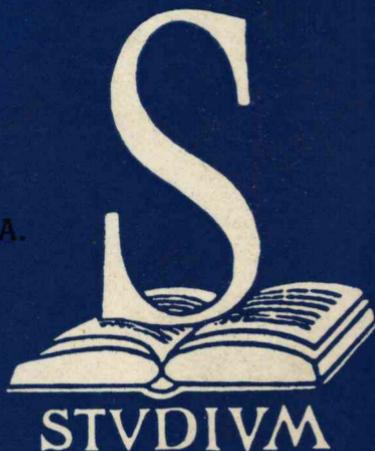
PREMIOS NACIONALES DE LITERATURA - 1

1942

# AUGUSTO D'HALMAR

OBRA - ESTILO - TECNICA

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.  
Santiago de Chile



**JULIO ORLANDI ARAYA**

Profesor de la U. de Chile  
y de la Esc. de Aviación

**ALEJANDRO RAMIREZ CID**

Profesor del Lic. Alemán y  
del Coristado Mercedario

Serie PREMIOS NACIONALES DE LITERATURA - I

1942

# AUGUSTO D'HALMAR

OBRAS - ESTILO - TECNICA



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.  
SANTIAGO DE CHILE

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N° 20949 (c) by Editorial Del Pacifico, S. A., Ahumada 57, Casilla 3547, Santiago.

PRIMERA EDICION  
Enero 1959

SEGUNDA EDICION  
Enero 1960

Impreso y hecho en Chile.  
Printed and made in Chile.  
Editorial del Pacifico, S. A.

## I. PRIMER PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Augusto Goemine Thomson, más conocido como Augusto d'Halmar, encabeza la serie de escritores chilenos distinguidos con el Premio Nacional de Literatura.

Creado este Premio por la Ley 7368, constituyó un adecuado homenaje del gobierno de don Juan Antonio Ríos a la celebración del primer centenario del Movimiento Literario de 1842 y de la creación de la Universidad de Chile, inaugurada en 1843. Al calcularse en 1941 el presupuesto del año siguiente, se estableció un ítem de cincuenta mil pesos destinado a financiar el Premio; luego, al fijarse su otorgamiento por ley, se duplicó su monto, lo que provocó una serie de graciosos reclamos de Augusto d'Halmar. La cantidad acordada se extraería de un impuesto especial a la cerveza. El jurado que adjudicó el Premio a d'Halmar, con la aquiescencia de don Ulises Vergara, Ministro de Educación, y de don Juvenal Hernández, Rector de la Universidad de Chile, lo integraron los conocidos críticos Ricardo Latcham, Domingo Melfi y Armando Donoso. Entre las condiciones del Premio se insiste especialmente en la trascendencia nacional que las obras de los postulantes deben ofrecer.

"El Premio Nacional de Literatura concedido por vez primera en Chile a la personalidad de Augusto d'Halmar, escribe Ricardo Latcham en "La Nación" del 5 de abril de 1942, ha tenido la virtud de volver a destacar con energía su extensa y valiosa obra... La reacción emotiva que significó la producción inicial de d'Halmar puede parangonarse con la de la prosa de Azorín en el Movimiento Literario Español del 98... El misterio, la vaguedad, la melan-

colía, el ensueño, nutren los cuentos y los poemas en prosa de d'Halmar”.

## 2. AUGUSTO D'HALMAR

Nace este original autor en la calle Catedral de Santiago el 23 de abril de 1882; sin embargo, por haber vivido desde sus primeros días en Valparaíso, el propio novelista se dice porteño. Muchacho voluntarioso, huérfano de madre a temprana edad, vive junto a su abuela materna con sus hermanastras Elena y Estela. Dado su carácter, no nos extraña leer en el artículo *Un machi-tuno* de “El Figaro” del 22 de agosto de 1901 el siguiente juicio sobre d'Halmar: “De niño fue travieso como todos; en el colegio se le apodó Margarita —género femenino— y nunca salió del primer año, pues cuando iba a dar exámenes, se ponía enfermo”. Es curiosa la coincidencia entre este apodo consignado por el articulista *Lapicero* y el pseudónimo *Selika* —también femenino— de algunas obras de d'Halmar.

Fue d'Halmar hijo natural del atrayente aventurero francés Augusto Goemine, que abandonó a doña Manuela Thomson Cross previa promesa de matrimonio a su regreso de Europa, regreso que no se produjo. Se conserva de este aventurero un retrato hecho en el año 1887. Era la hermosa Manuela Thomson hija única de la distinguida dama Juana Cross, de ascendencia paterna escocesa. Educada doña Juana en Edimburgo, casó en Valparaíso con Juan Jacobo Thomson, descendiente del marino sueco Joaquín Thomson, barón de d'Halmar. Augusto Goemine, hijo, movido tal vez por el deseo de olvidar el pasado inmediato, tomó el título del bisabuelo, más conforme con su espíritu refinado. Esta ascendencia nórdica explica la decidida predilección por Ibsen, Grieg, Andersen y Dickens. De ellos extrajo el germen de su viraje definitivo al mundo de la imaginación. Sin embargo, de espíritu abierto a todas las corrientes literarias, fue excesivamente permeable a las influencias de los autores de moda llegadas a él por la noble pasión de la lectura que equilibra la ausencia de estudios sistemáticos superiores.

### 3. D'HALMAR Y EL PERIODISMO

Augusto d'Halmar se inició en las letras como periodista a la manera de la mayor parte de los literatos de su generación. A principios de siglo, los escritores jóvenes contaban para sus obras con los periódicos "La Ley", "La Tarde" y otras escasas publicaciones. Resalta entre ellas "El Turista", simple hoja de aparición esporádica, origen de "Luz y Sombra" \*, cuya consistencia y calidad aumentaron hacia 1900 al fusionarse con la revista "Instantáneas" en que aparecen los primeros trabajos de d'Halmar. Los escritores Mariano Latorre, Eduardo Barrios, Fernando Santiván, Daniel de la Vega, agraciado también con el Premio Nacional de Literatura, fueron colaboradores habituales de esta última revista, aunque se mostraron más asiduos articulistas de "Pluma y Lápiz", derivación de la revista "Santiago Cómic". De estos años son las obras d'halmarianas breves tituladas *La brega por el pan*, *Penumbras*, *Corazones*, una serie de *Semblanzas* de poetas, pintores y de otros artistas de la época; los cuentos *Añejeces*, *El día de la abuelita*, *La noviecita*, *Los sentimentales*, y varios de los ensayos que luego reaparecerán en *Ios 21*. A pesar de que su estilo se muestra con frecuencia apegado a los giros aprendidos en sus lecturas, es posible reconocer ya en él una laudable originalidad: evita la orquestación verbal inconsistente a que eran tan afectos los innúmeros discípulos de Darío.

### 4. DAUDET

Entre los escritores admirados por d'Halmar en su juventud, sobresale Alfonso Daudet (1840-1897), escritor que luchó por infundir un tono de emoción honda a la observación exacta y a la objetividad impersonal. *Poquita cosa* (1868), *Cartas de mi molino* (1869), *Fromont y Risler* (1874), *Jack* (1883) y *Safo* (1884) son exponentes valiosos de este afán de producir una verdadera poesía lírica realista. Este apego de d'Halmar a Daudet ha quedado consignado

\* Fue nombrado Director de *Luz y Sombra* a mediados de 1901.

no sólo en el hermoso ensayo de *Los 21* que lleva su nombre, sino ya en un artículo publicado en "Lira Chilena" el 21 de diciembre de 1902: "¡Daudet! ¿No sabéis que el primer libro que llegó a mis manos fue esa *Poquita cosa* y lo mismo que a él le gustaba identificarse con *Robison* yo me personifiqué con *Daniel Eyssette* al punto que hasta ahora no he logrado deslindar mi personalidad de la suya? Es que yo también llevo mi lorito verde, casi desplumado ya, y sigo siendo el mismo *poquita cosa*... ¿Ignoráis que bajo su impresión escribí mis primeros cuentos? ¿Por qué? ¿Por qué no ha persistido en mí su amable influencia? Después vinieron los áridos (¡esos sí que no portan ningún lorito verde!), luego los filósofos, diciéndome que el azul del cielo es capa sobre capa de éter; más tarde aún los disectores realistas, y entre todos me han robado la poesía del alma, obligándome a mirar las cosas sin prisma, a no reír, a decir verdades crueles y feas. El mundo me enseñó a sufrir; ellos me enseñan a hacer sufrir. No, nunca más podré escribir aquellos cuentos cándidos, desmadejados, pero bellos, con el encanto de lo que no tiene más realidad que el sentimiento". Años más tarde agrega en el ensayo de *Los 21*: "Si hubiese hadas, y nosotros, pobres mortales, pudiésemos pedirles dones, ya sé cuál les pediría yo, escritor. Podrían mis colegas acaparar entre ellos la hondura filosófica, el lirismo, el patetismo y hasta las inquietudes sentimentales, con tal que me dejaran, para mi uso y abuso, el simple don de la amenidad, el único que envidia y codicio, porque creo es lo único capaz de ponernos cordialmente en contacto con todo género de lectores o auditores".

## 5. TOLSTOY

Pero esta admiración por Daudet no bastó para atajar el camino de León Tolstoy (1828-1910) en el alma de d'Halmar. Nacido este escritor ruso en el seno de una noble familia de Yasnaia-Poliana, desarrolló una labor intensa, más de apóstol que de literato. Sus críticas sociales y las ideas morales, unidas a una gran sensibilidad y a un enorme es-

píritu de trabajo que lo convirtieron en uno de los escritores más fecundos de su siglo, encontraron eco en el mundo entero. *Ana Karenina*, *La guerra y la paz*, *Resurrección* y *Mi confesión* figuran entre las producciones más sobresalientes de este célebre escritor. Que la admiración de d'Halmar era ilimitada nos lo dicen sus propias palabras: "Como artista, nada tenía que envidiarle a ninguno de los suyos, ni a ningún dramaturgo ni novelista. Es, al contrario, el Artista Por Excelencia. Y, desde Balzac hasta él, pasando por Dickens y hasta por Dostoiewsky, nadie, en tanto a novela, ha escrito una más vasta, más homérica, más helénica en sus grandes frisos, que esa *La guerra y la paz*, verdadera epopeya moderna". (*Los 21*, pág. 45).

## 6. JUANA LUCERO

Robustecida la huella de Tolstoy con las lecturas emocionadas de Fedor Dostoieswsky (1818-1881), Iván Turguevnev (1818-1886) y Máximo Gorky (1868-1937), no se dejaron esperar las páginas de honda piedad humana de *Juana Lucero* (1902), primer intento serio de una interpretación artística de la *mala vida santiaguina*, del suburbio metropolitano. Constituye esta novela costumbrista el botón de muestra de una trilogía en que con el nombre de *Los vicios de Chile* se intentaría un análisis más intenso que extenso de ciertas lacras sociales. Mas, la volubilidad artística originada por su espíritu emocionalmente inestable, le imposibilita la conclusión de cualquier trabajo proyectado a largo plazo. *Carne de Esclava* y *Sed de gloria* quedaron, en consecuencia, como simples títulos. Si bien el espíritu que anima el fondo de *Juana Lucero* lleva el soplo redentor de Tolstoy, la técnica novelística, la concatenación de los hechos, el desplazamiento lento a través del detallismo llano y persistente recuerdan el arte zolalesco. El viejo barrio Yungay con sus casonas de adobones y sus oscuras callejuelas, con la plaza polvorienta y su antigua iglesia; las gentes con sus vicios y virtudes, las costumbres, vestidos y preocupaciones, todo ello ha quedado en esta novela, *alarde juvenil*, como la deno-

minará el autor en su madurez. Más que valor artístico es preferible buscar en ella lo documental. No sería extraño que en la defensa de esta mujer —Hortensia Lucero—, cuyo hermoso y suave retrato pendía en las paredes de la *Colonia Tolstoyana* junto a los de Daudet, Byron y otros ídolos, fustigara d'Halmar, como el mercedario de la España clásica, la depravación moral que ha motivado su orfandad de padre.

## 7. LA COLONIA TOLSTOYANA

Como fruto práctico del aprecio a Tolstoy y como una reacción natural de su espíritu frente al utilitarismo reinante, d'Halmar, en compañía de Fernando Santiván, del artista Julio Ortiz de Zárate, Rebolledo Correa y Canut de Bon, fundó una *Colonia Tolstoyana* destinada, en principio, a realizar los postulados de la doctrina del maestro ruso. “Debo recordar, dice al respecto d'Halmar en 1948, no como anécdota personal, sino como dato histórico, que, hace exactamente cuarenta y cuatro años, se fundó en el sur de nuestro país una colonia dukoboer o tolstoyana, de escasa duración, es cierto, pero de imborrable memoria. Algunos de sus miembros, casi todos destacados después en sus actividades, por la vida, se han ocupado, bien en broma, bien en serio, de esa romántica y audaz tentativa. De ella han solido contar anécdotas de oídas, quienes no tuvieron ocasión de compartirla; solamente yo, que la promoví, no he dicho sobre ella la última palabra y, si me apuran, ni siquiera he dicho media palabra. Acaso porque para mí haya cosas sagradas. Tal vez, quién sabe, porque los hombres que hemos tenido la suerte de entrar, así sea por un momento, en los dominios de la leyenda, no tenemos el derecho de desvirtuarla. Reaiga, pues, el silencio, sobre la legendaria intentona tolstoyano-chilena del año 1904, y volvamos a Tolstoy, quien entonces vivía en Yasnaia-Poliiana, y al darle nosotros parte de nuestras pretensiones, nos secundó con un giro postal por once rublos y una carta escrita en ininteligibles caracteres rusos”. (*Los 21*, pág. 44). Esta colonia se estableció en la vecina localidad de San Bernardo en una propiedad del poeta Manuel

Magallanes Moure, a la sazón alcalde de ese pueblo. Algunos intentos previos de fijarla en la región de Arauco fracasaron por el clima y el enfermizo apego de d'Halmar a su *abuelita*. Pobreza, orden, aseo y sobre todo sumisión incondicional al jefe, parecían ser las normas imperantes. Era d'Halmar un espíritu absorbente que no admitía objeciones a sus dictámenes. Largas horas pasaban estos jóvenes tolstoyanos, acompañados a menudo de artistas visitantes, dedicados a la lectura, a la crítica literaria o a la contemplación artístico-filosófica de la naturaleza. Poe, Tolstoy, Maeterlinck, Mallarmé, Ibsen eran gustados con verdadera fruición; en cambio, Galdós, Pereda o la Pardo Bazán, modelos venerados en ciertos círculos literarios, merecían sólo palabras desdeñosas. Era frecuente que la iniciación de los diferentes menesteres hogareños, estuviese precedida de una lectura comentada de los versículos de la Biblia. Los problemas económicos que la mantención de la colonia creaba, eran subsanados en parte por el trabajo de oficinista que en algunas horas del día realizaba d'Halmar en la estación de los ferrocarriles de San Bernardo. Enviaba además colaboraciones remuneradas a la revista "Zig-Zag", fundada en 1905. Allí aparecieron *Coilipo*, *Alma*, *Mamá Dotea*, *Alma blanca*. En este último cuento utiliza el extraño pseudónimo de Rafael Sanzio. Son creaciones cortas en que la distinción y el horror a lo vulgar se hermanan con la pulcritud del estilo y lo sabroso del ambiente. Del año 1905 son los artículos publicados por la revista mensual "Chile Ilustrado" con los nombres de *Cuando la noche llega*, *Un extranjero*, *Los orgullosos*, *Quiromancia*, en que aflora esa curiosidad por lo legendario, semilla de las leyendas tejidas por su propia mano en torno a su vida, como aquel talentoso autor de *Las Sonatas*. Es curioso observar que d'Halmar poseía también excelentes dotes de actor. Una memoria admirable, una voz maravillosamente bien dotada para las inflexiones y tonalidades, facilidad expresiva, aristocracia de modales, prestancia en el vestir. Por todo esto resultó inolvidable para los auditores el efecto causado por la recitación de sus monólogos *Crimen reflejo* y *Nuestra sombra*, productos de escaso valor estético

y estilístico, aunque aparezcan casi ahijados a Ibsen y Poe. No obstante la conveniencia de solicitar a la crítica una reconsideración de los juicios lapidarios sobre el drama *Lázaro*, es indudable que las musas dramáticas no eran propicias al autor de *Juana Lucero*. Sus ensayos teatrales extensos permanecen inéditos en poder de algunos amigos o discípulos que los ocultan celosamente.

## 8. LOTI

Pasan los años; la colonia se desintegra. El ferviente sacerdote del culto tolstoyano ha vuelto ahora sus ojos con irreverente idolatría al nostálgico y vagabundo Pierre Loti (1850-1923), enamorado de los paisajes exóticos como sus predecesores Bernardin de Saint-Pierre y Chateaubriand: "Raros hombres por el mundo y ninguno en las Américas, podrían hablar como yo, de alguien que fue a la vez modesto y distante, amigo de los humildes, o de los nobles, ya que sólo en ambos extremos se halla la aristocracia natural o adquirida; alguien, en fin, que fue uno de los mayores artistas de nuestra época y de los más amados también. Me perdería en anécdotas personales, si quisiera traer a colación cuantas nos conciernen a él y a mí. Por lo demás yo ya lo hice, a raíz de su muerte, en mi estudio *La imagen en el espejo* publicado en *El Figaro*, de París donde poco tiempo antes, aún viviente Loti, se me llamara su heredero... Su elemento era el mar, y en todas sus páginas aparece como fondo y resuena como el coro en sordina de su propia alma... Pasó por la tierra, como por el mar, saboreando sus dulzuras y sus amarguras, y a su memoria le convendría, como epitafio, el verso de Oscar Wilde: Porque aquél que vivió más de una vida, forzosamente ha de sufrir más de una muerte" (*Los 21*, Pág. 197-200-205). Y en muchas páginas de d'Halmar es posible percibir efectos semejantes a los obtenidos por Loti "con medias tintas y como a media voz, tan íntimos que, sin disipar el misterio del nacer, el vivir y el morir, despiertan por correlación esotérica las intuiciones dormidas en la conciencia o en la subconciencia" (*Los 21*, Pág. 198).

Pero, más que nada la presencia de Loti se advierte en su propia vida. El deseo de viajar surge irresistible en él: anhela experimentar sensaciones nuevas, extrañas... Tal vez allá en el fondo de su aristocrática orfandad late el deseo de encontrar al padre perjuro en algún rincón del globo. En 1907, muerta su abuela y casada su hermanastra Elena con Fernando Santiván, acepta el Consulado en Calcuta que le ofrece el entonces Ministro de Relaciones Exteriores don Federico Puga Borne.

## 9. LA LAMPARA EN EL MOLINO

Durante su ausencia, Santiván escoge diez relatos de la obra del cuñado y los envía a la imprenta con el nombre de *La lámpara en el molino* (1912). Con estilo diáfano, suavemente musical, desgrana un suceso melancólico y silencioso de su vida, extrañamente rebelde y sumisa. Al fondo se recorta la silueta inmóvil y viva del viejo molino con su luz blanca proyectada hacia la entrada del gran camino... Lot, Germana y el Forastero, entre la luz y la sombra, entre el "canto de los pantanos" y el "aullido de los perros" nocturnos, son actores de un episodio del drama d'halmariano: "Cuando el crepúsculo arroja un velo sobre nuestro corazón y sobre la nieve de las montañas; cuando apaga el cielo sus últimos arreboles en las charcas y los pájaros se acogen al follaje y el viento baja a arrullar la tierra donde reanudan las ranas su historia de la noche anterior y de todas las noches, entonces las primeras estrellas encienden su fuego y a la entrada del gran camino que no conduce a esa hora sino a la vaguedad de su perspectiva, bajo los árboles que fingen darse las buenas noches, junto al agua que murmura a trechos y a trechos se ensimisma, aparece una luz en las ventanas del viejo molino... Y es que el molino no pulveriza ya sino moléculas de sol en los mediodías estivales y bajo su arco de ladrillo hay un misterio latente de sombras y ruidos que no son tal vez sino el turbión que huye en la obscuridad y los guijarros que arrastra; en la mansión habita todavía alguien..." Bello ejemplo de vida y paisaje íntimamente enlazados. Es

en estas páginas donde vive el simbolismo o la introspección a la manera de Mauricio Maeterlinck (1862-1949). El arte realista de la fase inicial de d'Halmar aparece ahora fuertemente seducido por el impresionismo literario.

## 10. ANDERSEN

La acentuación de los detalles intrascendentes de la vida, el amor a lo humilde y pequeño nos anuncia la llegada de Cristián Andersen (1805-1875) al firmamento d'halmariano. Con esa cándida emoción con que Azorín redescubría las reconditeces de su árida Castilla, d'Halmar redescubre la cordialidad y la sencillez adecuadas para hablar al corazón de la humanidad. Qué bello sería desentrañar los sentimientos profundos que agitarían su espíritu cuando escribía de la madre de Andersen, "de esa lavandera metida todo el santo día en el agua, para poder sustentar a su hijo, que suele beber un trago de más para reconfortarse y a la cual señalan con el dedo los inflexibles, los que pueden pagarse el lujo de ser rectos y correctos entre los cuales está el que la perdió en su juventud" (*Los 21*, Pág. 20). Es el sentimentalismo tradicional de Europa el que hace presa en él, aunque depurado de ingratos tonos quejumbrosos.

## 11. LA INDIA Y D'HALMAR

El nombramiento de cónsul en la India materializa finalmente sus anhelos de viajes y de ambientes extranjeros. La sangre aventurera, largos años dormida, despierta inquisidora al contacto de otros mares y otros soles, y el ancestro nórdico revive incitante y fecundo bajo otros cielos. Es entonces cuando Darío canta:

Como Píndaro tiende hacia el viento que sopla  
la vela de su nave que es una carabela  
de Cortés, por audaz, y de Constantinopla,  
de París y de la India su palabra que vuela.

Sutilmente recuerda la cálida copla  
de España. Su ascendencia un gran misterio vela.  
¿Quién sabe cuál caballo dominó sus manoplas?  
¿Quién sabe los misterios que su sonrisa anhela?

Encaneció muy joven, vivió su hora intensa,  
ebrio de hallar su vida, por tan humana, inmensa,  
y adolescente supo de las iras del mar.

Por eso, cuando muera, dirá la fama: Nunca  
fue una vida tan bella a pesar de ser trunca  
como de este gran nómada don Augusto d'Halmar.

Luego de breve estada en París y tras una rápida jira por el norte de Egipto, se dirige a posesionarse de su cargo. Viaja solo, sin más compañía que un joven guía egipcio de las arenas de Ghiza. La amistad íntima con este muchacho-Zahir-ha dado pábulo a una de las más absurdas leyendas que se tejen en torno a su vida privada. Tres obras son depositarias de las emociones provocadas por estos sucesos inesperados: *Nirvana* (1918), *La sombra del humo en el espejo* (1924) y *Mi otro yo* (1924). El artista que creyó encontrar en el mundo un maná celestial que satisficiera sus ansias de coger la variedad esencial de la belleza cósmica, principia a intuir desencantado la aplastante similitud básica en las costumbres, conceptos y sentimientos: las diferencias carecen de trascendencia. La angustia de la soledad infinita del hombre en el universo se agudiza en su espíritu y las primeras ráfagas del escepticismo nietzscheano muerden dolorosamente al ex discípulo del maestro de Yasnaia-Poliana. En este trágico y accidental cruce de dos filosofías dispares, d'Halmar comprende que sus sueños no madurarán jamás, ni siquiera a la luz de la luna, como creyera en sus años mozos. *El Imaginismo*, esa Escuela en que la realidad y el pensamiento se funden en poético e imperceptible lazo, brota como mágico asidero en este derrumbe de ilusiones. Quiso beber la belleza, la verdad y el bien junto a las viejas pirámides, al pie de la enigmática esfinge o en la sagrada putrefacción de los ríos

de la India milenaria, pero este mundo, plural en la forma y singular en su intimidad, lo obligó a regresar al punto de partida, al propio yo. Comprender o crear es bucear en el alma, cual un nuevo Sócrates. La belleza, el bien y la verdad son sólo proyecciones de nuestra personal concepción de la vida: el mundo nos da las diferencias; nosotros, las esencias. Y entre la música de nombres sugerentes como Bengala, Madrás y Calcuta resuenan en sus oídos las palabras de Amado Nervo:

...Hermano extraño, errabundo,  
¿de qué estrella has caído al mundo,  
sabes siquiera dónde estás?

Y en un afán de encontrar respuestas adecuadas, escribe: "Una nube de guías se ha abatido sobre nosotros como si quisieran arrebatarlos en una razzia; con sus túnicas azules, estrechas como fundas, y sus tocas como solideo, tienen todos el mismo aspecto flaco y sin juventud de los camellos. Gesticulan y vociferan como poseídos; se disputan entre sí con palabras que parecen pedradas; muestran los puños y los bastones, y después, en una risa que descubre todos sus dientes, vuelven a solicitar al viajero con un tono a la vez insinuante como el de una almea y veladamente amenazador como el de un Alí-Babá". Es interesante observar cómo equilibra la parquedad adjetival mediante construcciones comparativas, plásticas. Con la ductilidad asombrosa de este estilo blando y moderadamente rítmico completa en *Mi otro yo*, bajo la advocación de Shakespeare "Nuestras vidas están tejidas con la propia hilaza de nuestros sueños" y de Goethe "Acabamos por depender de los fantasmas que hemos creado", sus versiones originales de este Oriente que "se infiltra en la sangre como un tósigo", tierra luminosa donde el aire se viste de fuego y la luna de sol: "La temperatura de Calcuta secuestraba a las gentes en sus casas, durante la jornada; pero en cambio, llegada la noche echábanse fuera enloquecidas por la tórrida clausura y cobraba la capital del Indostán una vida ansiosa, única en ninguna parte. En la descomposición pris-

mática la propia luna parecía recalentar; las palmeras frotábanse con ruido escamoso; el suelo conservaba un rescoldo de hoguera y rasándolo como si no pudiera remontarse, arrastraba la brisa los tufos de los cuerpos tendidos y desnudos, de las frutas de los mercados, del aceite de coco de las lamparillas en las pagodas y los mezclaba con otros que venían de la ribera o, más lejos, del barrio amarillo y la ciudad negra...” (Pág. 43). Tierra en que la muerte le tendió inútilmente los brazos, lo atacó “uno de esos males bíblicos que ya no esconde sino el Asia. Una leve rozadura sobre la palma, había ido ganando el brazo, los brazos, el pecho, y poco a poco, invadiendo la cabeza y el cuerpo hasta las extremidades. Hinchábase en mil purulencias, que eran primero traductores de sangre, luego pus, y después agua. Entonces, ya no pudo ni moverse ni tocar nada; la lengua misma se espesaba, pegábanse los ojos al más doloroso parpadeo, y aunque estuviesen obstruidas por algo doloroso las narices, percibía su propio hedor de cadáver. Sólo el oído era tan dolorosamente sensible, que los repiques de la vecina iglesia metodista parecían resonarle en el cerebro. Sus sufrimientos en la interminable vigilia tomaban, sin embargo, apariencias de desvaríos, pues tan pronto eran como calambres eléctricos que lo recorrían interiormente, tan pronto la impresión de que le inoculaban oro en fusión, o que lo ungían de miel, o le quebrantaban las articulaciones. Y como con sus cabellos súbitamente grises, su máscara de ceniza y sus manos escamosas como los sapos, presentaba un aspecto de leproso, nadie, a no ser Etbari, ponía los pies en su lazareto... Los médicos ingleses acudieron en comienzos; pero toda su ciencia se estrechaba contra ese mal desconocido y sin nombre, misteriosa reacción de un temperamento trasplantado de clima... Fue en el trance ácuo, antes de la laboriosa convelescencia, cuando la piel se espolvoreaba en torno suyo como afrecho, al moverse, y quedaba bajo sus pies un charquito... Las manos agarrotábanse en la vieja piel, como en un guantelete de hierro... como aquellas “crisis en que mudan los ofidios”. Fue este mal grave y desconocido el que lo obligó a dejar la India al poco tiempo de haber llegado a ella.

## 12. PERU, GATITA

El gobierno de Chile lo trasladó con igual rango al pequeño pueblo de Eten, al extremo sur del desierto de Sechura en las costas del norte del Perú. Desde 1909 a 1915 vivió en aquel rincón insignificante de la tierra de los incas. Con su albo y sedoso pelo al aire o con la gorra blanca de oficial de marina y la humosa pipa entre los dientes, paseó nostálgico su tedio por las calles dormidas de esa aldea tropical donde los seres se ajan prematuramente. Durante todo este sexenio, soportó en ambiente pestilente las miradas provocadoras y el gesto torvo del hombre ignaro que veía en él la odiada raza del vencedor. En ese ambiente se incubó, sin embargo, *Gatita*, publicada en 1917 por la revista *Los Diez* y editada luego en tirada aparte en 1935 junto a otras narraciones suyas de menor extensión. Las tardes amarillentas del trópico, en que al compás de la quena y el tamboril pasean los indios sus ídolos, cuajados de falsas pedrerías; los impasibles tejedores de sombreros que desatan sus instintos brutales en noches de indescriptible promiscuidad al son de *marineras* regadas con aguardiente de caña o chicha de maíz, aparecen pintados con musical desgano. Esta tierra sin flores, donde la policromía deslumbrante de oropéndolas y colibríes suple la ausencia del color estable, enerva al escritor enamorado de los blancos arrabales de la Kasbah, con sus imponentes albornoces y herméticos harenos. Pero lo inesperado —alma de muchas obras d'halmarianas— llega en los ojos negros y en la suave cabellera de Gatita, la pequeña hija del sol, heredera de Zahir, muerto de tisis en París. De los veintisiete cuadros breves que componen este libro, tal vez el más hermoso es el vigésimocuarto donde la frialdad del ególatra se ahoga en honda emoción.

Escuchemos algunas páginas de esta obra: "De mi larga permanencia en el Perú yo no conservo ningún recuerdo, como si algunas páginas hubiesen quedado en blanco en mi libro. Aquel puerto aislado del Norte, la ciudad rutinaria y las poblaciones del interior, se me confunden con cualquier parte del mundo, y aún cuando vivía entre ellas me produ-

cían a veces la impresión, su cielo azul y sus dunas, de que lo mismo pudieran ser de la Palestina, o bien que aquel caserío estaba en Mahé, de Indias, o en Djibuti, del Africa. Sólo sus gentes me parecieron tan banales que apenas si recuerdo la fisonomía de una cholita y de un gato, y ese animal y ella, esa niña de trece años, son los que hacen que tenga algo que decir todavía de la tierra de los Hijos del Sol. Había venido desde el Indostán a restablecer nuestro consulado en Eten, y por primera vez, después de treinta años que tuvimos la guerra, volvía a izarse la bandera de la estrella solitaria en esa parte alejada del país vencido, donde el odio se mantenía latiente con la idea de la revancha. Y es para decir la existencia retirada y llena de asechanzas que yo debía sobrellevar, y el abandono malévolo en que me sentía perdido. Las indiadas pasivas que se apartaban a mi paso o que azuzadas por el alcohol venían a provocar de cuando en cuando motines bajo mi ventana. Un hastío resignado abatiéndose sobre mí como un pozo de arena que se derrumbase y perdida hasta la noción de las estaciones en ese clima enervante, siempre dentro de la misma incuria y la misma monotonía... Y he aquí que... yo veo por la primera vez un semblante fresco, algo que se pareciese a una mujer y a una niña y que, ¡Dios mío!, me sonriera como si yo para ella no fuese un enemigo... Ella se llamaba Catalina; pero, tal vez en recuerdo de esos pajarillos, la llamaban *Cata* los compadres, y sus parientes *Catita*. Mi nodriza la apodó *Gatita*...". La sencillez estilística, la sobriedad expresiva, continúan siendo los caracteres sobresalientes en su estilo. Nada hay en él que disuene. La emoción sincera y el realismo depurado se hermanan maravillosamente. Su palabra es vara mágica que transforma la prosaica vida diaria en poesía.

### 13. GENIO Y FIGURA

A fines de 1915 regresa a Chile. A petición de una multitud de admiradores que no lo han olvidado, da una serie de charlas en el Ateneo de Santiago, tal como solía hacerlo antes de ausentarse del país. Recordando aquellas primeras pre-

sentaciones, escribe Samuel A. Lillo: "Cuando se anunciaba que Augusto Thomson iba a hablar, se aumentaba la asistencia de señoras y de niñas en las plateas y tribunas del salón de honor de la Universidad, en donde ya se había instalado el Ateneo.

"Le gustaba producir efectos teatrales. Se le veía siempre perdido entre los concurrentes casi a un extremo del salón, y al sonar su nombre, fingía no oírlo, y pasados algunos instantes, se levantaba y quitándose lentamente el abrigo, lo dejaba en el respaldo del asiento, se inclinaba y besaba en la frente a una señora pálida de blancos cabellos que lo acompañaba. Atravesaba entonces la sala irguiendo su alta figura, a grandes pasos, como una enorme ave zancuda, hasta llegar a la tribuna.

"Nuevos instantes de estudiada presentación: con las manos apoyadas en la baranda, inclinaba hacia el público el busto aderezado a lo Byron y abriendo sus ojos vagos de miope, empezaba a hablar como soñando. Otras veces sin desplegar el papel, increpaba bruscamente al público que se agitaba nervioso sin saber si aquello formaba parte del trabajo o era un arranque de locura del orador.

"Es que Thomson estaba poseído del incansable afán de parecer original y lo conseguía, a veces a costa del buen gusto, pero siempre con aplausos de los muchachos y con escándalo de los viejos ateneístas que veían en él al predicador de que nos habla el Padre Isla..." (*Espejo del Pasado*, Pág. 189).

#### 14. VICISITUDES

Separado de la carrera consular por razones gubernamentales poco convincentes, se dirigió a Francia decidido a no regresar jamás a esta *América bárbara*. Aceptó el cargo de corresponsal de guerra en el frente, ofrecido por *La Nación* de Buenos Aires en 1917. Herido e nacción, enfermó de septicemia y por tres meses estuvo entre la vida y la muerte. Por su actitud heroica, el gobierno francés lo condecoró. De esta época data su intimidad con André Gide, Francois de Mio-

mandre, Claude Farrère y el chileno Joaquín Edwards Bello. Significativas son las cartas que sobre París le enviará más tarde a este último. En 1919, al firmarse el armisticio, pasó a España donde vivió hasta 1934, fecha en que regresó definitivamente a Chile, convencido de su incapacidad para olvidarlo. La vida literaria de d'Halmar en España es intensa. Por nueve años consecutivos escribe cotidianamente en el diario madrileño *Informaciones*. Los artículos abordan en forma preferencial aspectos provincianos. La exactitud y el cariño con que enfoca los problemas de Galicia, explican su título de *hijo adoptivo* de aquellos "nobles campos", mimosos y suaves. Un pueblo gallego recuerda su nombre con una de sus calles. Su pluma saludó también a Salamanca con sus claras noches de luna, reflejadas sobre el Tormes, poblado de barcas de ensueño; a Alba de Tormes con el recuerdo "de aquella andariega monja que por tierras de España fue la contrafigura del Caballero Andante". En 1922 las ediciones Auriga de Madrid publicaron los *Poemas* de Milosz, con traducción y prólogo de d'Halmar y el mismo año, con Antonio Espina, vierte al español *El estupendo cornudo* de Crommelinck.

## 15. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO

Durante la permanencia de quince años en la península ibérica, recorrió a menudo las tierras que se extienden al sur de la patria de aquel otro soñador que también quiso forjar un mundo en su fantasía. Saturado del genio español, compuso *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924), fuerte novela de ambiente hispalense. Puede hermanarse esta obra con *El sacerdote y el acólito*, composición atribuida ora a Oscar Wilde, ora a John Francis Bloxman. El amor equívoco, aquél que nos pintara Thomas Mann en *La muerte en Venecia*, prende en dos espíritus ingenuos con quienes la personalidad íntima del autor parece consubstanciarse, del mismo modo que con todos aquellos tipos que se singularizan en la vida. Con notable fidelidad reproduce las pintorescas costumbres andaluzas, sus personajes estrambóticos, sus decires de gracia inimitable, el

urbanismo sevillano de corte moruno. La trama novelística, siempre débil en las obras de d'Halmar, adquiere continuidad y consistencia; sin embargo, la forma conserva el aspecto básico de una sucesión de episodios: carácter estilístico de d'Halmar. De ella dice Alone: "Pueden hacerse a la obra infinitos reproches de toda clase; pero no se le podrán negar extraordinario valor expresivo, escenas y cuadros de primer orden, variedad de personajes y una vibración general de vida intensa, malsana si se quiere, de ningún modo vulgar".

"Con *La gloria de Don Ramiro*, de Larreta, y *El embrujo de Sevilla*, de Reyles, *La pasión y muerte del cura Deusto* completa una trinidad de novelas sudamericanas de ambiente español curiosamente originales; y si el argentino vence por la propiedad rica del léxico, el uruguayo por la sabia construcción arquitectónica, el chileno muestra mayor facultad poética espontánea y más atrevimiento" (Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo XX, Págs. 129 y 130). Por su parte, Raúl Silva Castro escribe: "De entre los libros de d'Halmar corresponde el primer puesto por su importancia a *Pasión y muerte del cura Deusto...*" (Panorama de la Novela Chilena, Pág. 108). Su estilo mantiene la parsimonia adjetival en las descripciones, pero, contrariamente a lo que pudiera esperarse, los caracteres sensibles de los ambientes no sólo no pierden fuerza expresiva, sino que aumenta en forma notable el poder de sugerencia gracias a la adecuada selección de substantivos: "La añoranza con que el vasco recordaba reiteradamente su Vasconia podía ser una advertencia de su instinto. La canícula había inflamado el zafiro del cielo de Sevilla hasta hacer de él un carbunco; las palmeras no daban sombra, las fachadas blancas reverberaban; la calle de Sierpes estaba cubierta por velas de buques. El Africa había atravesado el Estrecho y, por Algeciras, se había metido de rondón en sus antiguas dependencias. Una braña oculta en el minúsculo pebetero de las amapolas parecía tostar chirriando su opio; los claveles destilaban almizcle; las rosas chorreaban vainilla; pero trascendía sobre todo a miel, como si los panales se hubiesen fundido; y debían de ser las abejas sin colmena las que producían ese aturdidor murmullo

que, como el de las olas en los caracoles marinos, tal vez no estuviese, a la postre, sino en los oídos de los que sufrían esta insolación.

“Los patios, bajo sus tiendas de lona, con sus hamacas de esparto, eran como cubiertas entoldadas de navíos durante la travesía del Mar Rojo; el propio caño de agua se amodorraba; y con las persianas corridas, en la penumbra sofocante de las habitaciones estucadas, y embaldosadas, muchas veces de azulejos, trataban los moradores de atrincherarse contra aquel asedio equinoccial, no atreviéndose a abrir sino cuando el crepúsculo desleía en rosicler y amatista todo este deslumbramiento. Entonces se echaban a la calle, como una población alterada de aire, y bebían a plenos pulmones una atmósfera enrarecida que ninguna brisa venía a renovar ni a refrescar. Por las noches era casi lo mismo, sólo que el terrible sol, ese que sobredora a fuego el grano de la piel de los sevillanos y el de las úvas del jerez, ese que fermenta en las venas y desangra en los lagares, se había como fragmentado en infinitos luceros. Y echando sobre sus atavíos de púrpura y oro un leve cendal azulado, la sultana de España prendía a su redecilla todos sus brillantes” (Págs. 53 y 54).

Contradictorios en extremo resultan los juicios críticos en torno al sentido vital de *Pasión y muerte del cura Deusto*. Oscilan desde la interpretación de la obra como un capítulo autobiográfico de un invertido frustrado, hasta la teoría del hipersensible sexualmente introvertido que busca en la debilidad —Zahir, Gatita y el Aceitunita eran unos simples niños cuando él los conoció— la satisfacción platónica de las más variadas tendencias. El propio autor parece presentir las dudas que su obra despertará: “¿Qué era con precisión el niño? ¿Cuál su verdadero puesto bajo ese techo? Instintivamente Mónica había tratado al intruso como huésped, reservándose tratar, llegado el caso, al huésped como intruso. Iñigo Deusto, menos avisado, había ido adoptándolo insensiblemente, y, al darse cuenta, se encontraba con que aquel venido de fuera constituía por sí solo el hogar, substituyendo la madre muerta, suplantando la hermana y el amigo desertores, encarnando todavía ese vástago espiritual que cada cual

tiene misión de dejar tras sí, aunque no se deje otra prole. ¿Cómo podía haber llegado a obrarse este absurdo, que tal vez fuera el Milagro?”. Y luego, transformado ya el muchacho en mozalbete, por si las dudas persistieran, dice por boca del cura: “¿Y qué puede importarnos lo que murmuren, mientras nosotros tengamos la conciencia tranquila?”. Y dos páginas más adelante agrega Pedro Miguel: “¿Cómo se iba a quedar solo, cómo iba a dejar irse solo y lejos a su niño, ni cómo permanecer aquí, donde todos dicen que somos... lo que no somos?” (Págs. 47, 258 y 260 respectivamente).

## 16. LA MANCHA DE DON QUIJOTE

Pero en esta tierra paradójica en que al *drama litúrgico* se opuso el *juego de escarnio*; a la *novela caballeresca*, la del *picaro*, y al *auto sacramental*, la *comedia de capa y espada*, las antítesis se originan fácilmente. Y en el espíritu de d'Halmar, pasada la tormenta de *Pasión y muerte del cura Deusto*, se genera con pasmosa naturalidad la delicada evocación cervantina titulada *La Mancha de Don Quijote* (1934). Veinte años después que Azorín siguiera la ruta del *Caballero de la triste figura*, d'Halmar visita en reverente romería esta tierra santa de entonces, ahora y siempre. Recorre Argamasilla de Alba en la provincia de Ciudad Real, El Toboso en la provincia de Toledo, Ruidera en Albacete, Criptana, Puerto Lápice, Huertas de Agua, donde se realizaron las fastuosas *bodas de Camacho*. La llanura manchega perdura con sus arrieros y caminantes, con los molinos de grandes aspas, con el eco nocturno de sus sonoros batanes, pero sin los chaparrales ni las choperas cervantinas, sin los encinares ni las alamedas. D'Halmar discurre a través de esta materia, de difícil enfoque por lo manida, con gracia amena y clásica serenidad. Y es precisamente esa abundancia de interpretaciones lo que nos permite apreciar con justeza el carácter original de la versión d'halmariana, semejante a aquél conseguido por ese otro gran artista nacional, Vicente Huidobro, en su estudio del Cid Campeador. *La Nación* de Santiago, que desde 1912 publicaba colaboraciones de d'Halmar, algunas tan bellas como *El ce-*

*menterio de los Globe-trotters* (1927) o *Córdoba* (1927), había dado a luz en calidad de *Crónicas* durante los años 1927 y 1928 los originales de *La Mancha de Don Quijote*. Corresponde a la Editorial Ercilla dar forma definitiva a la obra. Tantos nombres sagrados de la España inmortalizada por Cervantes son música incomparable para este fino evocador nacional. Son palabras sugerentes que no envejecen en el corazón de la humanidad: "Nombres legendarios, que uno duda pertenezcan a pueblos actuales con habitantes vivos, y que sin embargo nos reservan la doble sorpresa de seguir existiendo tal cual fueron en los siglos pretéritos" (Pág. 21). Con inquietud semejante a la que torturaba al enjuto hidalgo de "lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor", durante la vela de armas en "el castillo del señor de las playas de San Lúcar", d'Halmar cuenta en la noche castellana los minutos que aún restan para que "el rubicundo Apolo asome por los balcones del Oriente", a cuya luz la llanura sublime aparecerá ante sus ojos de piadoso peregrino. Y al despuntar el día, su pupila deslumbrada sufre el espejismo de las pampas desérticas: "Porque todo se destaca y eleva insensiblemente desde esta gleba donde el polvo del estío finge nubes, y salinas de miraje y fuegos fatuos el lodo del invierno. Quien en la Mancha no se haya sentido así arrobado y transportado, es que no la ha entrevisto con los ojos del espíritu, ni la ha visto siquiera con los de la cara.

"Porque es la región más fácil y más difícil de sentir, ésta de la quimera, reino naturalmente visionario, sujeto por la propia inestabilidad de sus refracciones, a los fenómenos ópticos y sus engaños, y en la cual se nace propenso a esa divina recreación que viene a ser deformar humanamente toda apariencia.

"Como al último Caballero Andante, los encantadores, y no me atrevería agregar que los malos encantadores, hanme hecho juguete por varios modos de sus varias suertes y en sus dominios he soñado despierto y he velado dormido" (Pág. 22).

Y entre este "polvo de sol o nube de polvo" que convierte "las pjaras en ejércitos, las bacías en yelmos y las ventas en

castillos”, surgen de improviso los pueblos imperecederos de la obra cervantina: “Yo no sé por qué lado entramos al Toboso, que nos recibió, la primera, esa calleja de otros tiempos, como ya no puede vérsela en otras partes, fascetada en dos por una piedra angular, como por una punta de diamante, con sus terrados enmohecidos y sus aceras blancas, formadas por lienzos de pared donde apenas si aparecía de trecho en trecho una puerta abovedada como una poterna, un ventanillo como una barbacana o una chimenea como una atalaya. Y con todo, ninguna impresión feudal, sino más bien algo de Oriente, por la línea y el tono; por las figuras, también, de hombres y mujeres, los pañuelos, los pañolones y las pañoletas...” (Págs. 77 y 78).

## 17. LO QUE NO SE HA DICHO SOBRE LA ACTUAL REVOLUCION ESPAÑOLA

El mismo año en que la Editorial “Ercilla” publicaba las Crónicas Manchegas bajo la estructura de un libro, aparece con igual sello un estudio de la revolución española y el consiguiente derrumbe de la monarquía, titulado *Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española*. Es un trabajo objetivo y claro con valor histórico y literario. Le sirve de prólogo un artículo encomiástico de la revista porteña *La Semana Internacional* escrito por su director, el español Juan Bardina el 24 de noviembre de 1934: “D’Halmar es un espíritu penetrante, sutil y complejo, que ve y explica las cosas de España con claridad y justicia perfectas. El público conoce de él la descripción objetiva de la España como horizonte, como ambiente, como raza. Hay una parte desconocida en él, que es su visión política. Y la percibe tan objetivamente también, que no hemos conocido un español que la comprenda más exacta, tanto en su extensión, como en su profundidad, como en su cuarta dimensión temporal...”

## 18. ESPAÑA Y D’HALMAR

*Pasión y muerte del cura Deusto, La Mancha de Don*

*Quijote y Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española* ofrecen, en compañía de innumerables crónicas y epístolas remitidas constantemente a Chile, una pintura exacta del ambiente peninsular. D'Halmar tuvo sólo palabras elogiosas para aquella nación que lo miró, en cambio, con mediana simpatía artística, no obstante el respeto de los hispanoamericanos radicados allí y haber ganado en 1930 un concurso de cuentos entre cinco mil concursantes, auspiciado por la revista madrileña *Estampa*, con el relato *En provincia*. Ya en 1923 el poeta venezolano Ángel Miguel Queremel había escrito en la capital de España:

Suaves cabellos grises bañan la sien marchita;  
vela en sus ojos tristes un misterio lejano,  
y su perfil nublado de inquietud infinita  
parece que surgiera de un familiar arcano.

Hay una gracia ambigua en su actitud serena;  
sus manos largas trazan signos supersticiosos;  
¿de bien? ¿de mal? su alma hermética está llena  
y ha vivido en su vida mundos maravillosos.

A la sombra de un árbol de alguna ciudad muerta,  
yo le escucho en mi sueño (Su voz cansada, incierta,  
tiene el don infalible de todos los matices).

Le escuchan fascinados, grupos de adolescentes,  
y en éxtasis vibrante, los jóvenes oyentes  
miran al hombre-esfinge de los cabellos grises.

Vuelto a Chile, dicta conferencias, da clases, anima charlas, rebate doctrinas sociales o religiosas que más de un amargo momento le hacen pasar. Maestro de la lengua hablada, es escuchado con placer por sus viejos amigos y por las jóvenes generaciones de literatos. Fácil le resulta ahora la impresión o reimpresión de sus obras.

## 19. CAPITANES SIN BARCO

En 1934 aparece *Capitanes sin barco*, escrita en 1932. Es, en verdad, una trilogía integrada además por *La casa de citas de los muertos* (1930) y *El club de los durmientes* (1931). Se destaca precisamente el trabajo que da el nombre al libro. La similitud de ideales reúne a un grupo de individuos que han creado, como d'Halmar, una sociedad a su gusto. Han soñado una vida ideal y viven el sueño, conscientes, como Don Quijote, de la ficción: "Yo no necesito insistir en que he viajado y convivido con otros viajeros hartos como yo, de la redondez del orbe, porque ahí están, en mis libros, los seres y lugares de mis viajes; sin embargo, mi más marítima impresión, no hube de recogerla en las cinco tierras, ni en los siete mares, sino en un sexto piso del muelle de los Celestinos de París, frente a la isla de San Luis. Y yo, tan inquieto, aprendí lo que es viajar sin moverse de sitio". (Pág. 23). Instalados en un piso de la calle de Los Celestinos en la capital de Francia, ven en el agua que pasa y en el río que permanece la fugacidad del tiempo, la continuidad de la especie, lo arbitrario de los conceptos. Como Loti, sienten la desesperación de la muerte inexorable y antes de que ella los arrebate, se apresuran a vivir en un barco imaginado y a base de fantasías lo que la vida les negó. Dentro de la pretendida gravedad del tema, se observan leves toques de alegre picardía en la pintura de algunos de los contertulios de las reuniones mercuriales o de personas afines: "La portera de nuestro privilegiado inmueble, no podía menos de ser digna de sus inquilinos; comenzaba por llamarse Chameau, que en buen romance significa camello, y como el rumiante mamífero de su patronímico, sobrellevaba dos jorobas, una propia y otra que le imponían nuestros encargos. Sólo que, como por anemia cerebral, padecía cierto género de amnesia, se descargaba de ellos imprevisamente y le era igual llamarnos al paso para advertirnos de haber recibido un recado, pero sin recordar ya de qué, ni para quién. Yo la creía lo suficientemente sádica y vesánica como para gozar con las perplejidades que desencadenaba..." (Pág. 52). Pa-

rís le presta el ambiente cosmopolita, pero poco de la gran ciudad ha quedado en la obra.

## 20. AMOR, CARA Y CRUZ

No acontece lo mismo con *Amor, cara y cruz* (1935), una extraña versión del frecuente triángulo erótico. Un metódico ciudadano, prototipo del parsimonioso jefe de hogar francés, muestra en su cuadriculado sistema existencial una vida insatisfecha por la ausencia del hijo: es el haz o la cara de su amor. El azar lo coloca un día frente al sello o cruz y el vivir se le complica en adúlteros amores. Ante el temor del hijo espurio que se avecina, nuestro buen burgués se suicida torpe e inexplicablemente. He allí todo. Unas rápidas pinceladas de vida urbana, una visión panorámica del Louvre con sus tesoros artísticos y un veloz deambular por los bulevares atestados de gentes y de luces, completan la novela.

En el tomo XXIII de las obras completas de d'Halmar publicadas por la Editorial Ercilla, junto a la novela *Amor, cara y cruz* y con el subtítulo de *Tres "fin-de-actos" de una misma vida*, se halla un trabajo titulado *El tríptico de la pasión*. Son tres cuadros de corte erótico, amargos y desesperantes.

## 21. LOS ALUCINADOS

Conjuntamente con *Amor, cara y cruz* trascienden al público chileno cuatro nuevas novelas cortas de d'Halmar con el título genérico de *Los alucinados: Dariel o El Alma en Pena de la Muchedumbre, Valerio Dux, Ole Dol* (Roscoff-Finisterre, 10-15 de abril de 1918) y *Amaro Daimiel (Del Padre al Hijo)* (Salamanca-Madrid, mayo-junio, 1926). La primera de ellas, más que una novela o un cuento, constituye una evocación emocionada y extraña, a ratos hermética, de misteriosas experiencias vividas en "la ciudad inmortal... alucinante... con todo ese sortilegio que parece flotar y respirarse en su atmósfera". Desesperanzadas reflexio-

nes filosóficas tiñen de escepticismo el ocaso de una vida. De mayor interés por las orientadoras revelaciones autobiográficas, resulta la segunda narración. En ese Valerio Dux, sereno y apasionado a la vez, incapaz cuando muchacho de enfrentar sin sonrojos las mujeres y burlescamente apodado Margarita por sus discípulos, hay mucho de d'Halmar: "Valerio Dux se amarró desde su juventud a una cachimba... Valerio no se casó. Creo que habría sido capaz de hacerlo muy joven; pero pese a su oficio que lo hacía rozarse constantemente con mujeres, la mujer seguía inspirándole un recelo no exento de temor" (pág. 39). "Parece que siendo pequeño, su madre, una bretona de casa noble, sacrificada muy joven por las infidelidades del marido, había hecho prometer a Valerio, como en un delirio, que no haría sufrir nunca a una mujer" (pág. 41). Valerio "era un solitario en toda la desolada magnitud de la palabra. Modesto y familiar, se le sentía irremisiblemente distante, tal vez porque estaba muy alto. Yo he visto pocos pensamientos más puros que el de ese ensimismado. Puede decirse que ardió toda su vida en un constante fuego de purificación. A su adolescencia y su juventud atormentadas, había sucedido, cuando volvió a verle, como un reposo intangible; se le sentía llegado a un grado definitivo de serenidad hecha de melancolía y de resignación" (pág. 42). Y Valerio Dux, que había escapado de la mujer, no escapó del amor "y entonces, tanto más doloroso porque es inconfesable. El fin de Valerio Dux, como el de Oscar Wilde, empañará siempre el recuerdo admirable de toda su obra y su vida" (pág. 44). En compañía de Ganimedes, el afeminado muchacho bretón, "renegaba de los prejuicios que habían hecho de las mujeres el objetivo de la vida, de ellas igualmente disformes de inteligencia que de cuerpo, falseando desde la infancia el juicio estético y sentimental de los hombres" (pág. 50). Pero, con el mismo entusiasmo con que Iñigo Deusto se defendía de los decires maliciosos del pueblo, Valerio Dux fundamenta la pureza de sus sentimientos: "Estamos a cien leguas de sentimientos. ¿Cómo, siquiera, lograría explicarte la nostalgia del hermano

que no tuve, que entristeció mi infancia? ¿Cómo el ansia del hijo que no tendré..." (pág. 57). Cabría preguntarse aún si en Santiago Marsán no habrá también un retazo del alma del novelista, celosamente oculto en aquel *secreter* de los aromáticos cigarros (pág. 60). Obsesionado por este tema, d'Halmar revive en *Ole Dol* situaciones semejantes. El protagonista de este relato, un viejo marino en retiro, ve reencarnarse en la figura del grumete Pedro el alma de la novia de sus años de adolescente: "Amaba en mi pequeño amigo, nos explica, el reflejo exacto, aunque siempre inmaterial, de la noviecita difunta; y otros afectos venían a confundirse: ternura rezagada por el hermano que ya no podía tener nunca, y ese acopio de ansias que llevamos en las entrañas, por el hijo que podríamos tener todavía. Pedro resumía para mí, el pasado infantil, el presente apasionado, y el futuro paternal, de toda vida completa" (pág. 104). Alternan en esta composición las evocaciones con breves cuadros ambientales o paisajistas, bellos y adecuados a la naturaleza del tema. Así, en las noches solitarias, las olas "eran cargas de cabalgatas invisibles, vislumbradas entre vertiginosos destellos. Las nubes desaladas corrían en otro océano desencadenado. Y la luz blanca de una estrella, como un inaccesible faro, vertía sobre ese caos su indiferencia pensativa y remota" (pág. 102). La cuarta parte de *Los alucinados*, *Amaro Daimiel*, ofrece la estructura de un Diario de Vida, distribuido en veintiún capítulos de escala estética amplia y emoción variable. Las páginas finales muerden evidentemente más hondo en la sensibilidad.

## 22. RUBEN DARIO Y LOS AMERICANOS EN PARIS

Bien poco es lo que sabemos de la vida de Augusto d'Halmar en los años transcurridos hasta la publicación de una próxima obra en 1941. Para esa fecha y con el título de *Rubén Darío y los americanos en París*, las Prensas de la Universidad de Chile editaron un cuadernillo, hijo de su pluma. No es una creación de estructura sólida, como *Los Trasplantados* de Blest Gana o *Criollos en París* de Edwards

Bello, sino una serie de anécdotas livianas contadas con ligereza y buen humor. Entre ellas ofrecen mejor calidad literaria las dedicadas a recordar su propia despedida de Francia en compañía de Rubén Darío y Amado Nervo en "aquel quinto piso del Muelle de los Celestinos con vista al Sena y a la Isla de San Luis", donde tantas veces acudirá años más tarde el insigne Unamuno. De esta reunión surge el soneto rubeniano, inserto en párrafos precedentes, que provoca en poética emulación el numen de Amado Nervo:

Sobre tu frente gravita  
la infinita  
pesadumbre secular.

Buscas tu ensueño ultrahumano  
en tierra lueña, en mar lejano:  
¿Lo encontrarás?

Hermano extraño, errabundo,  
¿de qué estrella has caído al mundo?  
¿sabes siquiera dónde estás?

Hacen cruz nuestros caminos;  
bebamos juntos los vinos  
del adiós.

Yo te emplazo en una cita,  
sobre la arena infinita,  
sidental...

Emplazamiento solemne y hoy ya cumplido por los tres celebrantes "sobre la arena infinita, sidental..."

### 23. PALABRAS PARA CANCIONES

En grata coincidencia con la recepción del Premio Nacional de Literatura, ofrece en 1942 al público lector, con un interesante y comprensivo artículo de Ricardo Latcham a manera de prólogo, las cincuenta y nueve composiciones que integran *Palabras para Canciones*. La prosa es fina, ligera, con marcado sabor poético. Algunas de estas creaciones mues-

tran corte becqueriano por la melancolía suave y sostenida que las anima; otras recuerdan al autor de *Azul* por el ritmo o la musicalidad de los vocablos; muchas no pasan más allá de simples elucubraciones de una filosofía carente de densidad, en que los pensamientos se desvanecen aun antes de estructurarse. Y sin embargo, por este sistema, pariente cercano de la imprecisión objetiva del simbolismo o de la sugerente ausencia de desenlace de los más bellos romances hispanos, llega a las entrañas de la belleza. Los recursos estéticos ofrecen variada gama: ora es la soledad dulcemente sollozante de *La Canción Lustral*; ora el contraste antitético de aquel fúnebre cortejo cuyos tristes implementos disuenan en las calles sonrientes de un París estival, de *Pasa un Desconocido*, o la forzada aceptación del destino, del *Canto de las Cimas*, divagación que oscila desde el piadoso asunto evangélico a la mordaz y amarga *Canción del Oro*, de Darío. Resabio ciertamente de su breve estada en el Seminario Pontificio de Santiago, es la bella advocación latina que sirve de portada al libro; cuna semejante acusan tres o cuatro capítulos de fragancia bíblica: *Jesucristo en los Infiernos*, *Cuatro Evangelios en Uno*, *Via-Crucis*. No todas estas creaciones son productos de factura reciente; algunos títulos, como *Los Orgullosos*, *Cuando la noche llega* y *Quiromancia*, ya habían visto la luz tiempo ha en periódicos y revistas. Como elocuente expresión de desencanto frente a la unidad esencial del esteticismo cósmico —desencanto que vive latente en su literatura imaginista— nada más representativo que *Deseo*: “Yo sé que una mañana, porque a veces lo siento en mí, yo sé que en un despertar cualquiera me levantaré con el deseo de volver a ver mi tierra. Y que creeré por el insomnio de la noche y el cansancio del día, que sólo puedo reposarme en ella, la tierra nativa. ¿Dónde sino allí serían apaciguadoras las voces femeninas y estimuladores los viriles acentos y dónde, sobre todo, se iluminarán las lejanías de la montaña o del mar con la luna en sazón de otoño o con el sol de escarcha del encanecido invierno?

“Pero la escarcha, pero la hojarasca, y el susurro velado

o reanimador, pero la cordillera hecha montículo y el manantial vivificante porque vuelto subterráneo, nada de eso, hombre, se halla en ninguna tierra ni de aquí ni de allá, sino simplemente en la tierra.

“Y tu deseo creciente, hombre de destierro, ya no es de retornar a parte alguna, sino de no estar ya en ninguna parte, de penetrar abajo, hondo en la propia entraña de la madre tierra, de la cual todas las patrias son apariencias y ficción. Volver a la arcilla turbia y a la savia cristalizada, a lo que ya no es, porque ha vuelto a ser. Allí es donde te aguardan los grandes desvelos y los profundos sueños, el ansia contenida y el anhelo latente, cuanto vibra y canta mudo y recóndito, sin otras notas que las del Silencio” (págs. 25 y 26). Algo semejante le escuchamos en *Ole Dol*: “Viajar es un engaño, que obedece al deseo de multiplicar nuestra personalidad. Pero para el que ya no ve la apariencia de las cosas, todo es igual, porque el mar es el mismo, la gente también...” (pág. 77). Por eso Ricardo Latham, al publicar el mencionado artículo en “La Nación” del 5 de abril de 1942, creía conveniente agregar: “Tal vez no es la misma la gota de agua que corre por el cauce vital, como no es idéntica la ola que pasa por la superficie del mar, ni la nube que se desliza por la límpida tersura del cielo, pero es una la corriente y es uno el flujo que todo lo dirige”.

#### 24. MAR, HISTORIA DE UN PINO MARITIMO Y DE UN MARINO

Al año siguiente, agregó d'Halmar a su producción la bella y fina obra de ambiente noreuropeo titulada *Mar, historia de un pino marítimo y de un marino*. Es una fantasía brevísima, unida por la delicadeza temática y la creciente propensión a la orquestación verbal a *Palabras para Canciones*. Constituye una ofrenda de buen gusto a la memoria de Pierre Loti. La misma pluma que dio vida racional al vilano viajero de *A rodar tierras*, comunica ahora emoción consciente y humana a un tierno pino de la tierra de los vikings legendarios. Juntos crecen el verde retoño del áspero pinar

y el rubio vástago del castillo de Egmarholm. Y en el Eider, velero de alto bordo, el destino los hermana nuevamente: esbelto mástil de proa el uno, erguido y avizor grumete el otro. Hombre y naturaleza tienen la ruta marcada; nadie se libra de su hado. Mediante la técnica de viejo marino imaginisita, d'Halmar calafatea con poéticas sugerencias o emotivas evocaciones los resquicios por donde pueda escapar ese hálito impalpable que flota entre la realidad y el sueño. Y como en tantas ocasiones precedentes, volvemos a encontrar esos gatos enigmáticos que le enseñaron a amar las noches blancas en espera de que madurasen sus sueños en ellas... La sonora nomenclatura geográfica, aquella que Salvador Reyes revivirá hecha versos, es ciertamente el carácter relevante de este opúsculo, prologado por González Vera: "De puerto 'en puerto de la tierra, hacía mucho que zarparan de aquellas playas desplegadas e irisadas como una madreperla, que fueron para ellos los umbrales de la vida. Las columnas de Hércules, sobre el azul ya africano del cielo; Cabo Verde, en cuyas aguas como de acuario, se echaban monedas a los mulatillos, y donde Egmar y Olaf hicieron una cabalgata en borriquito; las lluvias de meteoritos y las noctilucas nupciales del ecuador terrestre, las miasmas y la fiebre; Santa Elena, a lo lejos; la rivière de luces de Botafogo y los trescientos sesenta y cinco islotes fluminenses, uno por cada día del año; los cerros como altarcitos de Noche Buena, de Valparaíso, donde un viejo lobo de mar, acodado en los malecones, acarició la cabeza de Olaf; el trópico congelado del Estrecho; las mayores profundidades en las mayores soledades del Gran Océano, los albatros y los petreles; Rapanuí y los ídolos ancestrales; la Polinesia, los arrecifes de madreporas y las rompientes de coral, donde una adolescente maorí, adornada solamente con un "pareo" de flores, se quedó deslumbrada mirando a Egmar; el Pico de Adán; Bad-el Mandeb, "Puerta de las Lágrimas"; los tricocilos y las rodofíceas del Mar Rojo, pasado a pie enjuto por los israelitas; el Monte Ararat, puerto de Salvación en el Diluvio, para el primer barco construido por los hombres, según la Biblia;

a esa misma altura los cruzó un vapor desde cuya cubierta solitaria una mujer envió un saludo, que sólo Egmar contestó; el Canal y sus dragas como oasis plantados de palmeras a lo largo de los dos desiertos; feria internacional, cosmopolita y poliglota, Port-Said, donde Olaf descendió solo, para someterse a los cauterios de un tatuaje, que no le mostró a Egmar; el Ponto-Euxino, largo, encajonado y negro, como la barca de Caronte; las cúpulas doradas de Estambul, donde un santón que volvía de la Meca, les dio el ósculo de paz; toda la risa dispersa del Thalassa jónico y el resplandor de su Olimpo; entre el Estrómboli, fanal mediterráneo, y el Etna, fanal tirreno, y entre el Escila abrupto y Caribdis solapado, Mesina, donde Egmar “trocó” para Olaf, una medallita “miracolosa” de Maria Stella maris; Caprera verde, Elba alba y Montecristo bermejo, esmeralda, perla y rubí para un tricolor...” (págs. 55 a 59).

## 25. CRISTIAN Y YO

Después de esta obra, la creación literaria de d'Halmar prácticamente se detiene, pues tanto *Cristián y yo* (1946) como *Los 21* (1948) incluyen un buen número de producciones anteriores. En el prólogo de la primera de ellas escribe, con el título de *Cuarenta Años Después...*: “Para saber y contar y contar para saber”.

“Repetimos la cantinela sin darle sentido hasta que, súbitamente, lo descubrimos y nos fijamos.

“Así pienso yo ahora que estos cuentos que van a leer los lectores y va a releer su autor tanto tiempo después de haberlos escrito, lo fueron cuando él contaba y casi no sabía, mientras ahora sabe y casi, casi ya no cuenta.

“Muchas páginas de *Cristián y yo* sentidas y pensadas en la adolescencia (porque la del hombre abarca alrededor de sus veinte años), ahora y mañana han de asimilárselas muchas de ellas otros adolescentes. Tal viene a ser la magia del arte, cuya juventud es perenne.

“Además, si me atreviera a confesarme, revelaría que tras el ansia-angustia, el desencanto-cansancio, y la ficticia se-

renidad que también tiende y nos extiende el vivir, dormitan en la edad proveyta, bajo su quietud aparente, las mismas inquietudes insatisfechas e incumplidas de la pubertad. Por eso me fue dado anticipar mi propio epitafio: Nada habré visto sino el mundo. No me habrá pasado nada sino la Vida.

“Y he aquí cómo un prólogo puede a la vez ser epílogo”.

Tal como Cervantes en el Prólogo de *El Quijote*, d'Halmar crea un personaje imaginario —Cristián—, un confidente para sus impresiones y conceptos: “Yo mismo vago, junto a un yo que me conduce y del cual apenas distingo los pasos. Yo respiro para él en la superficie, él sondea lo insondable y yendo, al parecer, al lado mío, marcha, sin embargo, por el doble fondo de la creación”. Impresiones y conceptos simples en apariencia, hondamente sentidos, sinceros y paradójicamente espontáneos. Sabe graduar con pericia de artista verdadero las intensidades de la emoción. Jamás lo accesorio entraba u oscurece lo esencial: “Lo que interesa, escribe Latorre, es que el asunto escogido tenga tal iluminación que permanezcan en sombra los antecedentes y las probables acciones de los personajes”.

Dentro de la variedad de asuntos reunidos en *Cristián y yo* priman los motivos autobiográficos. *El día de la abuelita*, *Mama Dotea* y *Coilipo* pueden citarse entre las mejores creaciones de este tipo, ya sea por la emoción del contenido, la técnica formal o la combinación adecuada de lo ameno y lo trágico. El sentimiento de soledad, el escepticismo, la vejez y la muerte, forman el esqueleto de un grupo numeroso de composiciones realizadas también a base de evocaciones, interrumpidas por emotivos soliloquios que recuerdan el carácter sentencioso de la literatura doctrinal. *Carta de mi hermano*, *El ideal*, *Luminarias*, *El regreso* y *Fantasia de año nuevo*, sirven de ejemplos. En la primera, como excusa de sus frecuentes incursiones por la edad infantil, recuerda que “cada hombre tiene sus santos lugares, a los cuales, para restaurar fuerzas, debe acudir en peregrinación devota”. En la siguiente llama nuestra atención un intento de exégesis de

su soltería: “No, no es porque condene el matrimonio, que he permanecido soltero, sino más bien porque tengo de él un concepto exagerado. Tomé a lo serio la teoría de que cada sustantivo cuenta con su adjetivo y, en el empeño de hallar el mío, se me ha pasado la vida...”, pero, “el fondo de la verdad sería que la raza de la mujer verdadera se ha extinguido sobre la tierra...” En la creación titulada *Los sentimentales* ahonda sobre este mismo tema. Constituye *El regreso* una adición a la constante temática analizada en líneas precedentes: “Yo sufrí en otro tiempo la vaga nostalgia de los cielos lejanos. Y me paseé bajo todos ellos, sin sentirla aplacarse, porque las nostalgias de todas partes me acosaban en todas”. Y como corolario de la desesperanza, agrega: “Se ha ido mi juventud y me encuentro solo... la tierra es siempre una; ni blanca, ni negra, gris, aplastadoramente gris”. Constante que se repite en *Primeros sueños. Primer viaje*: “...el destierro descorazonador de esa cosa inútil y cautivadora que se llama recorrer la tierra”. Tal vez por ello se decide finalmente en *Fantasia de año nuevo* a buscar, como Antonio Machado, la belleza en las reconditeces del alma: “Voy a entrar en mí mismo”, exclama.

En la página 160 de *Cristián y yo*, encontramos un juicio que bien pudiera engrosar los prolegómenos del Imaginismo: “¿Cuál es la realidad? ¿En qué consiste la dicha? Diríase que los hombres sueñan su vida y que ellos mismos no son sino los sueños de un Todopoderoso que duerme y que —¡hace millones de años!— todavía no se despierta”.

*Davis*, coloquio con su otro yo errabundo, “un Cristián viajero, del cual el corresponsal es nada menos que la luna”, ve renacer el viejo amor del poeta por el mar: “La mar me atrae como fuerza irresistible. En su inmensidad soberbia, con su ronco cantar he soñado siempre...”, “...el mar amado con toda la fuerza de mi sangre marinera”. Ese mar eternamente renovado, de juventud perenne, revive en él los bríos espirituales de sus primeros años, pues “los poetas no envejecen en su alma”. Cristian Andersen, Alfonso Daudet, Pierre Loti aparecen recordados con cariño en *El buen cristiano que*

se llamó *Cristián*, *Novela de una novela* y *Alrededor de Loti*, respectivamente. En el tercero de estos trabajos hay reminiscencias de *Ole Dol*. Es aquí también donde no sin cierto estu- por leemos: "Creo que mi alma, antes de pertenecerme, per- teneció a un abuelo mío *cuyas rarezas* he heredado como tam- bién su fatum... ¿Usted cree que uno puede llegar a enamo- rarse de otro hombre?" La respuesta afirmativa del interlocu- tor nos demuestra que realmente heredó el alma de ese raro ascendiente.

Entre las curiosidades coleccionadas en *Cristián y yo*, pue- den citarse dos obras dramáticas breves: *Lázaro*, en ocho esce- nas; *Los niños se van*, en cuatro. En ambas discurre un sim- bolismo tenue de consistencia amarga.

Pero, sin lugar a dudas, los dos mejores trabajos repro- ducidos en esta vasta recopilación, corresponden a los títulos *En provincia*, del cual hemos hablado en otros capítulos, y *A rodar tierras*. A ambos el propio d'Halmar, en un artículo publicado por la revista "Atenea" con el epígrafe de *Cómo cuento un cuento*, los ubica entre los que él considera sus siete mejores trabajos cortos: *Sebastopol*, nombre de una salitrera e historia heroica de un buen hombre; *El abuelo d'Halmar*, evocación hecha por un marino y en nuestro claro y fino Val- paraíso, del Amsterdam brumoso y estriado de verdinegros canales; *Coilipo*, memorias de una infancia; *Ternura*, monó- logo en que alguien que presume de sensible, habla con in- sensibilidad fratricida del pobre mártir suyo que fue su her- manito menor: *Las antiparras del conspirador* y *En provincia* y *A rodar tierras*. Todos ellos fueron incluidos en *Cristián y yo*.

En la misma revista "Atenea" se encuentra una interpre- tación de *A rodar tierras* salida de la pluma del propio autor. Raúl Silva Castro la insertó en el estudio sobre d'Halmar de su *Antología de cuentistas chilenos*. "*A rodar tierras*, escribe Augusto d'Halmar, representa lo más genuino del sentir crio- llo, aunque los criollistas pueden creer que fuera de su iglesia no hay salvación. Sí la hay. siempre que nuestra sangre al pa- sar por nuestras venas haya pasado, hecha savia, por las vetas de las plantas y de las piedras y que vuelva a pasar,

Porque lo que se llama Metempsicosis y hasta lo que se llama Inmortalidad del Alma, vienen a ser esos cauces directos de ida y venida entre la naturaleza y nosotros, entre el trigo del pan como una hostia que es nuestro cuerpo, y el vino del cáliz que es la sangre nuestra: Hoc est enim corpus meum, hic est enim sanguis meus”.

“Y esta espiga morena y granada, esta mazorca de maíz, sí que nació en suelo campesino americano; más exactamente, de Chile, más todavía, de nuestra zona central, exactamente, de San Bernardo. Cuando sus aborígenes quieran enorgullecerse de alguna cosecha, que sea de aquélla. En distintas partes la han cantado en distintas lenguas, al traducirse de la nuestra. Es una expresión, la de “Rodar tierras”, que también las ha rodado y abarcado. Y niños de muchos países aprendieron a distinguir las flores del cardón y a distinguirlas de un Vilano, hijo de Cardo Corredor. Algo así como el Higo del Abrojo, de quien nos hablan las Escrituras.

“Durante el mes del sol que dora los maizales y quema las flores azules de los cardos, en la flor nueva de un cardo viejo había nacido una corta familia de dos mil vilanos...

“¿No sentís que es verano, a fines de estación, a mediodía, que quema el sol y que empieza a refrescar el atardecer? Pues es nuestra tierra y son nuestros campos y era mi juventud.

“Recuerdo que con otro amigo joven, ya muerto hace tanto tiempo, nos echábamos por esos trigos de Dios, sobre todo los domingos, y con mi bastoncito yo descabezaba cardos corredores, para ver escaparse, de su flor ya madura, enjambres de vilanos. El viento los arrastraba juntos y el viento también disgregábalos. William Gmien, gran sajón rubio, creía tal vez en alguna furia neroriana mía, al verme dispersar, aventar y aniquilar los cardales. Simplemente yo seguía con la vista cada una de sus frágiles plúmulas, lo más efímero, pues en realidad estaba tratando de eternizarlas en mi Historia de una Plumilla de Cardo, o, dicho de otra suerte, mi *A rodar tierras*. Y cuando yo me haya muerto de viejo y del asco de vivir, *A rodar tierras* seguirá repitiendo el heroísmo

de vivir y seguirá sintetizando mi única y mejor autobiografía”.

Muestra este cuento filiación innegable con Andersen y un algo de Maeterlinck. Lejos de la angustia habitual con que transforma la realidad, pinta un cuadro de bello simbolismo. Esta pelusilla de cardo que encierra una vida latiente en su diminuto ser, parte grávida de ilusiones al desprenderse del tallo nutricio; pero el camino, la existencia, reserva ingratas sorpresas al soñador desprevenido. Lleva este vilano, como todo hombre de cualquiera generación, una misión que cumplir, un tesoro que cuidar. Cuandó en la ruta surgen las inevitables desavenencias, rotos incluso los más sagrados vínculos, cada cual remonta el vuelo en opuestas direcciones. Y aunque el destino lance sus malévolos zarpazos, como a la plumilla el gato, el rumbo ha de continuarse. El vuelo, la vida, nos surtirá de experiencias, nos fortalecerá, como a la plumilla los rayos del sol. Y d'Halmar, ególatra y solitario, nos pide que no aceptamos a nuestro bordo lastres que nos impidan remontar el vuelo, como la hormiga al vilano... Se ha de volar siempre, pero ni tan bajo que las telarañas nos atrapen, ni tan alto que las estrellas nos cieguen u obsesionen. Aunque jamás sepamos dónde fructificará nuestra semilla, no volvamos a recoger el germen caído: la muerte nos encontrará con el trabajo cumplido, como la hoguera purificadora a la semilla del cardo.

## 26. LOS 21

Dos años antes de su muerte, ocurrida en 1950 en Viña del Mar, publicó nuestro novelista, con atinado prólogo de Alone, una serie de ensayos bajo el cabalístico título de *Los 21*. Constituye este libro la sucesión de los modelos que nutrieron su numen a lo largo de la vida: Pasiones de juventud, amores de edad madura, cariños de la vejez. Al analizar lo que cada uno de estos escritores significó en las letras, es posible comprender las oscilaciones que caracterizaron el estilo de d'Halmar. Indefenso ante los ídolos que lo conmueven o deslumbran, pasa en su carrera literaria, de la doctrina social

de Tolstoy y el naturalismo de Zola a la poetización de la realidad de Daudet y al exotismo sentimental de Loti; del mundo sencillo y humilde de Andersen a los planos densos y superpuestos de Maeterlinck, al mundo amargo de Poe, al arte nebuloso de Ibsen, que le enseñará a ver en las tinieblas y a oír en el silencio: Son corrientes diversas que confluyen sucesivamente a engrosar el cauce d'halmariano; pero todas ellas arrastran el mismo légamo de musicalidad, fantasía, escepticismo, sed de viajes, tristeza, sobre todo tristeza.

Anota Alone en el prólogo de *Los 21* que si d'Halmar "es el padre o uno de los padres de la literatura nacional, quiere decir que tenemos aquí a los abuelos o, por lo menos, a los tíos abuelos... Porque, evidentemente, en el grupo han de encontrarse los inspiradores del inspirador..." Los veintiún escritores, añade, "representan a once países diferentes: Dinamarca, Francia, Rusia, Noruega, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Portugal, Chile, Lituania y España. Esto indica ya curiosidad errante, ansia de conocer otros países e impulsos de soñar, de salir, de evadirse acaso".

Datos biográficos leves, anécdotas significativas, sugerencias delatoras, juicios comparativos rápidos, apreciaciones estilísticas de carácter general, presentación sucinta de obras representativas, constituyen los elementos preferidos en el análisis de estos nombres. "La magia del estilo de este prodigioso músico de la palabra, dice, por ejemplo, refiriéndose a Loti, es tan sutil y tan inexplicable, que subsiste a través de las peores traducciones, como un perfume imposible de disipar. Nunca, estimo, se habían hasta tal punto identificado el artista y el hombre, el sujeto y el objeto, en el fondo humano y la forma literaria. Escribir así, casi ya no es escribir, digo yo, sino algo como respirar por la herida que la suerte nos ha inferido y deparado". Frente a Antonio Machado le escuchamos contar que "estuvo siempre libre de respetos humanos. Naturalmente distraído, solía convertir en cenicero la banqueta del café donde nos reuníamos, y como se lo reprochábamos, cierto día vimos con acombro que cuidadosamente reunía la ceniza en un ángulo del velador. Pero cuando nos

levantamos para irnos, él volvió sobre sus pasos; con el codo limpió el mármol de la mesa; luego se restregó la manga contra la solapa y salió tan orondo, con la chaqueta hecha una compasión". De Víctor Hugo prefiere transmitirnos informes menos anecdóticos. Escribe al respecto: "El decía siempre que había nacido con el siglo, pero en realidad había aparecido en 1802, como un cometa, en Besanzon, antigua capital del Franco Condado, ciudad metalúrgica a orillas del Dubs, hoy en día con unos sesenta mil habitantes, donde se fabrican relojes, como en Suiza, y donde se produjo el que iba a darle la hora a su siglo y a ser, desde los trece años, el "Niño Prodigio" de Chateaubriand, y luego el más grande de los poetas franceses. ¿Por qué en una ciudad de provincia? Con un poco de inducción a lo Sherlock-Holmes, se comprende que era una guarnición; que era la época de las guerras napoleónicas y que su padre debía ser militar". En Tolstoy combina el dato biográfico con la apreciación estilística: "Nacido como Ibsen, el año 1828, a ambos debía caberles la misión de transformar su época. Yo no sé si del nórdico polo del frío, al polo del frío moscovita, se entendieron o no el escandinavo y el eslavo. En todo caso, tan individualista uno como otro, atacados del mismo desesperanzado pesimismo, nihilistas, en el sentido más corrosivo y destructor de la palabra, eran tal para cual, hasta en los dominios del genio. Y cuando en su arbitrario libro *¿Qué es el arte?*, se ríe pesadamente el oso de las estepas del oso de los fiordos, parece en cierto modo que hiciera la crítica de sus propias tendencias artísticas y doctrinarias". Joseph Conrad logra hacer vibrar una de las cuerdas más sensibles de este capitán de un barco soñado: "Los tripulantes y sus embarcaciones, escribe d'Halmar, de poco o de gran calado, a vapor, a vela o a remo y de cualquier matrícula, repiten en cada seno del océano inmortal y en cada día del tiempo, el drama de Jonás y la ballena: Esas inmensidades líquidas, que en suma constituyen para nosotros el infinito; esos leviatanes de acero o de madera, en cuyas calafateadas entrañas desafían las dotaciones, entre Escila y Caribdis, los escollos, los torbellinos y corrientes submarinas; re-

nuevan el prodigio antiguo, y el nauta de mar afuera, si no tragado por el pez, arremetido por los cuatro vientos de la rosa náutica, a cada periplo reaparece como para atestiguarle con su supervivencia a los de tierra adentro, lo que puede la temeridad contra las fuerzas ciegas de la naturaleza. Así, repitámoslo, cada navegante rescatado a los vendavales y los temporales, representa al profeta bíblico y, después de desafiar como él a Dios, bendícelo, cristianado por el más salobre bautismo, y le confiesa más allá de la estrella polar y de las constelaciones engarzadas en el firmamento, hacia los cuatro puntos cardinales: proa, popa, babor y estribor, donde litorales y playas, ya lo he dicho, no son sino una gema imperceptible engastada en el divino mar”.

Y al finalizar el prólogo, escribe Alone: “*Los 21* demuestran con d’Halmar que no era tarea fácil buscar por el planeta un poco de alegría. Y que acaso la manera mejor de encontrarla sea marchar de frente hacia el dolor, y cogerlo, cantarlo y contarlo hasta que su frecuentación lo domestique. Y acabe su garra meciendo la nave amagada y en el sueño las ondas la acaricien y los golpes violentos del agua resuenen según a cierto ritmo, con determinada música”.

## 27. IMPORTANCIA DE D’HALMAR

La trascendencia de Augusto l’Halmar en la evolución de las letras nacionales, resulta innegable. A su advenimiento, la prosa cultivada en Chile constituía tan sólo una pobre copia del realismo europeo. Únicamente Luis Orrego Luco, con *Páginas Americanas*; René Brickles, con *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, y Angel Custodio Espejo, con los *Cuentos de la alcoba* habían intentado alejarse del costumbrismo moderado y opaco de Moisés Vargas y Vicente Grez, discípulos de Alberto Blest Gana, radicado a la sazón en Francia. Esta onda renovadora es la que capta d’Halmar con *Juana Lucero* \*, pariente en intención de *Casa Grande*, de Luis Orrego Luco, aunque inmersa en un medio social distinto. En los cuentos *Sebastopol*, *Números*, *En Provincia*,

\* La primera edición de esta obra lleva el nombre de “*La Lucero*”.

hay afinidad técnica con *Juana Lucero*. Se observa en ellos idéntico esfuerzo por aplicar las escasas exigencias del relato naturalista. Escarmenar la vida corriente de la gente vulgar, utilizar construcciones sintácticas simples, escribir en estilo llano, tales son las manifestaciones más visibles. Es la época en que Tolstoy, Zola y Maupassant comparten el primer plano en los intereses estéticos de d'Halmar. Este naturalismo d'halmariano hace escuela, pues son numerosos los escritores que siguen sus aguas. Mariano Latorre, Eduardo Barrios, Joaquín Edwards Bello, Fernando Santiván se adscribieron a él durante los dos primeros decenios del presente siglo.

Sin embargo, el prosaísmo ramplón de los naturalistas, con más baches que prominencias, no se avenía con el espíritu soñador y poético de Augusto d'Halmar. Es, en consecuencia, el primero en romper las ataduras. Pero, de la objetividad absoluta, se lanza ahora hacia una especie de metafísica literaria. Tal como Darío concluye con los versos amodorrados al estilo de Guillermo Matta o de Eusebio Lillo, d'Halmar concede alas a la prosa. Su estilo se aligera para sumergirse de lleno en ese lirismo que constituye, al decir de María de Maeztu, el signo distintivo del siglo XX hispano. *Crimen reflejo* y el monólogo *Nuestra sombra*, imitado por Maluenda en *Anima Facies*, fluyen de este nuevo paso.

Mas, ni la fría e inquisidora lupa del naturalismo, ni la conversión de la vida en un poema de lirismo integral, lo satisfacen. "Cuando entro a campo traviesa en la literatura, sostiene en las palabras preliminares de *La lámpara en el molino*, y me salen al paso legumbres monstruosas o malsanas flores, me subleva que se llame *Arte* a aquellos cultivos; aquí o acullá el alma podría entresacar un poco de ternura, como violetas olvidadas y nada más. También en la feria cada uno se pregona vocinglero sus obras, como hacen las gallinas a cada postura... Yo quería callar; las fuerzas mis-

teriosas me iban sobrecogiendo y tal vez hubiesen hecho de mí un contemplativo ensimismado. Pero se promulga que nos debemos también a nuestros semejantes (precisamente a aquéllos que me han condenado a mi soledad interior), y como se me ha hecho depositario de ciertos dones, no quiero quedármeles. Los que tengan oídos, que me oigan". La armonía entre el no-yo y el yo brota como una necesidad íntima de este artista por lo común equilibrado. *Coilipo, Novela de una novela, A rodar tierras*, determinan el punto de partida; la meta la fija su muerte. *Nirvana, La sombra del humo en el espejo y Mi otro Yo*, son frutos madurados en este clima. Esta actitud y no la precedente, genera el Imaginismo: Coge la realidad y la poetiza. Con elementos extraídos del mundo sensible, crea una supra realidad inteligible, pero inteligible, paradójicamente, para la sensibilidad. En el aspecto técnico, se acerca al estilo de la narración arábica, de carácter confidencial, de conversación que esconde tras aparente intrascendencia, una intención moral o satírica. Pero esta ruta en esencia rectilínea, mantendrá, para desesperación de los devotos de estilos cuadrículados, un vaivén desesperante.

El *idearium* de Augusto d'Halmar se reduce, por desgracia, a tres o cuatro conceptos básicos repetidos como los temas musicales en diferentes tonos y por diversos instrumentos. Escasean los productos con nervio y músculos. Abunda, en cambio, la emoción, mordida a menudo, y en forma aguda, por un sensualismo morboso. Gusta del ritmo interno y externo del vocablo; del placer fonético y la vibración anímica originada por el sentido de las voces, semejante al temblor inefable producido por la música lánguida y desmayada. "No llega a la musicalidad rotunda de un Valle Inclán, a la perfección castellana de un Miró, a la insólita sutileza de Azorín, escribe Ricardo Latcham en el prólogo de *Palabras para canciones*, pero se ha bañado en los misterios seculares de Oriente, se ha nutrido con los secretos de un

cosmopolitismo vasto y ha recibido, con ello, una riqueza imaginativa en el lenguaje y estilo”.

La obra creadora de d'Halmar, revestida de superflua vastedad material, ha dejado, no obstante, huellas perdurables en nuestra literatura. Caben, ciertamente, en una línea los nombres de aquellos escritores que han despertado el interés o la curiosidad con que d'Halmar señaló su paso. Incluso su conducta era motivo de imitación: “Augusto d'Halmar, afirma Alone en el prólogo de *Los 21*, constituye una autorizada cifra en las letras chilenas. Su nombre precede a los poquísimos, dos o tres —Gabriela Mistral, Pablo Neruda—, que han ejercido influencia, que han suscitado círculos de admiración y a quienes, confesadamente o no, filas enteras de artistas, poetas y escritores siguieron e imitaron, a veces hasta en lo físico”. Mariano Latorre, en la introducción a *El cuento en la Literatura Chilena*, escribe: “En una revista de la época, “Panthesis”, publica d'Halmar una página inolvidable, *La conquista del sol*. De esta página y del final de *A rodar tierras*, nace toda la literatura de Pedro Prado... He aquí su filosofía y la filosofía de *La casa abandonada* y de *Los pájaros errantes*”. Ernesto Montenegro, al saludarlo en nombre de la Sociedad de Escritores de Chile a su regreso al país, dice: “Le damos la bienvenida junto con esta generación joven, que ya le admiraba y le leía antes de conocerle en carne y hueso, así como entre nosotros todos le leíamos y algunos le imitábamos en la hora plástica de la mocedad”. Fernando Santiván, Carlos Mondaca, Guillermo Labarca, Víctor Domingo Silva, Manuel Magallanes Moure y otros cuyos nombres sería largo de citar, deben mucho a la inspiración de Augusto d'Halmar. Pero es indudable que quienes más de cerca han seguido sus pasos son Salvador Reyes, Luis Enrique Délano y Hernán del Solar.

El nombre de d'Halmar figura entre los creadores del verdadero cuento nacional junto a Joaquín Díaz Garcés, Federico Gana, Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Rafael

Maluenda, Eduardo Barrios, Mariano Latorre, Fernando Santiván. Su pluma agregó al relato la nota poética, de emoción palpable aunque sutil, en íntima comunión con la verdad sincera y castamente desnuda.

Murió Augusto d'Halmar de cáncer a la garganta y afección hepática, a mediodía del 27 de enero de 1950 en Viña del Mar, en casa de la artista Silvia Thayer, su amiga de tantos años. Nuestro ilustre literato, traducido al alemán, al francés, al inglés, al portugués y al ruso, murió tan sólo con el modesto sueldo de empleado de la Biblioteca Nacional, pero enriquecido, en cambio, con el caudal del cariño y la admiración de todo el mundo. En "El Mercurio" del 29 de julio de 1934 había escrito d'Halmar: "La vida no adquiere su verdadero precio para los que no viajan, aunque sólo sea de imaginación; pero para los que nos hemos distanciado y hemos permanecido largo tiempo lejos sin otro talismán que la memoria, la muerte no parece sino ausencia y llegamos a creer —¡dulce espejismo!— que, como el Príncipe Encantador de la Bella Durmiente, despertaríamos a nuestro paso todo lo que dormía. Un íntimo recuerdo para todos aquéllos que siento o presiento en torno mío. *Yo ya no tengo sino amigos muertos y amigos vivientes*, pues he sobrevivido a toda enemistad".

En d'Halmar la vida y la obra literaria están indisolublemente unidas: conocer una es entender la otra. Por eso, en carta dirigida a su futuro amigo Renato Valenzuela desde Madrid a París el 17 de diciembre de 1924, confiesa: "Soy lo menos literato posible; necesito decírselo, puesto que usted me ignora. La vida me preocupa sobre todo, porque sé que todo mana de ella, y a aquél que la busca, lo demás le será dado por añadidura". Y más adelante agrega: "Mi literatura es hoy por hoy la esencia de mi ser".

Desde la Biblioteca Nacional en que se erigió la capilla ardiente, el féretro, significativamente cubierto con las banderas de Chile y España, fue conducido al Cementerio Ge-

neral por los numerosos miembros de las diversas instituciones culturales de Santiago y Valparaíso, en cuyas labores participó activamente. Allí lo esperaba una sencilla tumba, presidida hoy por aquel epitafio, simple y aplastante a la vez, compuesto por el propio d'Halmar veintisiete días antes de su muerte, mientras corregía los originales de *Canciones para palabras* \*, parafraseando las líneas finales de *La sombra del humo en el espejo*:

NO VI NADA, SINO EL MUNDO;  
NADA ME PASÓ, SINO LA VIDA.

\* Esta obra aún permanece inédita, al igual que su numerosísima correspondencia.

## A RODAR TIERRAS

Más que las gaviotas de la mar salobre, más que las nubes y más que el viento, ha vagabundeado bajo el alto cielo la plumilla del cardo corredor. Es cierto que dura sólo un verano y no tanto siquiera; pero como la edad de las almas inquietas no se mide por nuestro almanaque, su vida es intensa y larga de contar su historia.

Durante el mes del sol que dora los maizales y quema las flores azules de los cardos, en la flor nueva de un cardo viejo había nacido una corta familia de dos mil gemelos.

Eran, ya sabéis, vilanos; y como estaban muy estrechos en su celda, ninguno sospechaba que pudiera ser grande. Y soñaba un confuso sueño a la sombra de la hoja espinuda que creían la bóveda del Universo.

Hasta que cierta mañana —no estoy bien seguro de si fue a mediodía— una ráfaga de viento vino a remecer el cáliz del cardo.

—Soy yo —decía el viento—, y ya es tiempo de que vuestros hijos vayan a cumplir su misión.

Entonces la flor suspiró levemente y nuestra plumilla, con ocho de sus hermanos, vino a hallarse al borde de su nido, frente al vasto mundo y presta a desatar el vuelo.

Era una mañana, sí, ahora estoy seguro, una mañana en que todo parecía de azur y plata. Por doquiera se veían gasas leves, jirones de bruma o sutilísimas telarañas, y las plumillas eran blancas también y leves. ¡Oh, qué leves! Como polluelos recién nacidos que aún no hubiesen esponjado su plumaje, como la forma del suspiro que exhaló la flor. Al verlas con su abanico de pelusas todavía plegado, la madre tuvo piedad y trató de interceder por ellas.

—¡Oh, padre viento! ¡Miradlas tan niñas que no saben siquiera ocultar su corazón!

Nuestra plumilla se contempló en un rayo de sol que la irisaba y vio que llevaba en el centro del pecho una semilla no más grande que una pulga grande. Comprendió

instintivamente que aquél era el tesoro que debería transportar por los espacios; y entonces, para ocultarlo, erizó completamente su pollerita de bailarina.

Y emergieron las hermanas, saludadas por las chicharras y las abejas, a la vida libre del verano. En un principio, como estaban unidas, las nueve no hacían sino arremolinarse y perseguirse como un enjambre. Así transcurrió ese primer día. Jugaban al pie del cardo, y cuando llegó la hora de dormir, quisieron recogerse a su flor.

Pero la flor ya no existía. La había aventado el padre de todos los vientos. Habíase disuelto en plúmulas albas y frágiles como ellas; dos mil que se disiparon a los cuatro vientos, portadora cada una de su propio corazón.

Las nueve celebraron consejo, decidiendo no separarse nunca, y aquella noche el blando copo asistió desvelado a la fiesta veneciana que daban las luciérnagas en el campo. La orquesta se había diseminado entre las hierbas, y el coro estaba junto a la charca. Se ejecutó música china y nadie quiso retirarse hasta que repicaron los gallos.

—¡Uí! —zumbaban los cinifes \*—. ¿Ha visto usted qué cosa? —se decían los grillos enfundando su contrabajo. ¡En el buffet no había sino pétalos de rosa!...

Y borrachos de rocío los cinifes zumbaban aturdidamente.

Al abrirse el día, la misma brisa penetrante que hincha el blanco velamen de las flotas elevó también a los vilanos. Realmente la luz y el aire eran como un océano. Pasaban los pájaros como peces voladores y allá muy por debajo, como los monstruos submarinos en el fondo del mar, discurrían los animales y los hombres.

Pero en la caravana habían surgido desavenencias. Iba de mal grado de aquí para allá descendiendo a menudo a la tierra; y cuando a mediodía se levantó el padre de los vientos, las nueve hermanas expusieron la misma queja: "Les era imposible dirigirse a ninguna parte, porque todas tenían una opinión distinta.

—Entonces es preciso que cada cual tomé por su lado

\* Mosquitos.

—resolvió el viento—. No hay un mismo destino para dos almas.

Y diciendo y haciendo rompió los débiles lazos que las unían entre sí.

La más cándida, "nuestra" plumilla, pudo mirar un instante a las demás que se dispersaban; pero muy pronto confundióse con el azul como los jirones de un sueño. Desorientada y triste vago durante varios días buscando una planta que se pareciese a aquella donde se mecía su nido. Era a fines de febrero y algunos cardos tardíos aún encerraban sus semillas. Y cada vez ella suspiraba de envidia. ¡Qué breve, Dios mío, es el sueño de la inocencia y qué brusco era el despertar!

Y corrió aventuras. Primero fue en un corral donde había un gato y una ventana, y enredándose por sus barrotes, copihues y madreselvas. Pero tan bello como su cardo no le parecía ninguna flor al vilano. Sin embargo, permaneció en suspenso para ver modo de adivinar lo que pasaba abajo: Micifuz estaba al sol, y moviendo apenas la cabeza seguía con sus ojos amarillos a unos globitos que parecían escaparse de la habitación; dentro, un niño de rostro macilento, envuelto en pesados abrigos, soplabá un canutillo y con mirada llena de nostalgia veía cómo se desprendían sus pompas de jabón. El vilano las contempló también, tal vez soñando con llegar a ser, como ellas, un diamante alado; pero una fue a caer sobre la nariz del gato y el prestigio se deshizo. ¿Dónde estaba el diamante? ¡Apenas una gotita de agua se consumía en la tierra árida! Micifuz, ofendido, se había alzado majestuosamente para ir a acomodarse más lejos, y entonces divisó a la plumilla.

—¡Eh, tú, gitanilla! ¡Traes la buena nueva? —le preguntó.

Y no más que por matar su tedio se entregó con ella a un peligroso juego: daba un salto y la atrapaba; después la dejaba ir; pero cuando ya se remontaba volvía a atraerla de un zarpazo. El niño, encantado, palmoteaba desde la ventana, y los copihues y las madreselvas asistían impasibles al espectáculo.

Por fin el felino se fatigó. Debíó pensar que le hacía

más cuenta dedicarse a la caza de sus ratones, porque se des-  
perezó sacando las uñas y en un ángulo del corral dio co-  
mienzo, como buen musulmán, a una serie complicada de  
abluciones.

La atmósfera parecía en ebullición. Como un sol, cada  
molécula tenía calor y luz, y las pelusas de la plumilla co-  
menzaron a tostarse. Sobrevinieron entonces sus tardas jor-  
nadas en el aire, que apenas la sostenía, y así fue como pa-  
sando por un hormiguero le ocurrió un lance con una hor-  
miga que vino a aumentar esa experiencia que recogen las  
plumillas y que acaso llegaría a aprovecharlas si su vida du-  
rara más.

Debia ser aquélla una hormiga romántica, por cuanto  
soñaba con volar. ¡Oh! No creáis que dotada de un par de  
alas, sino que sencillamente dentro de un globo, lo cual es  
bastante burgues; y para que le resultara más económico,  
pensaba tomar por ida y vuelta su pasaje. Así es que cuando vio  
a aquella graciosa navecilla calculó que podría embarcarse  
en ella y le hizo señas.

—¡Fischt, ballón! —gritaba, mitad en alemán, mitad en  
francés, tratando de afirmar su vocecita.

Y a continuación, con muchas monadas, le expuso al vi-  
lano que deseaba hacer un viaje por los aires. Fue inútil la  
alarma de éste, porque la hormiga se tenía por muy liviana  
(en lo cual no andaba errado) y a todo le replicaba que  
en último caso dejara en su granero el lastre.

Mucho le costó entender a la plumilla que se refería a  
su corazoncito.

—Y sobre todo no me llame usted señora —agregaba a  
guisa de estribillo.

Se encaramó por fin tras no pocas remilgos, preocupada  
como estaba de no descubrir sus bajos, y la aeronave, todavía  
a flor de tierra, se comenzaba ya a deslizar, cuando hubo de  
detenerse porque estaba mareado el viajero. Había olvidado  
toda compostura, y la plumilla tuvo que lamentar haberle  
admitido a su bordo.

—¡Quedaen con Dios las hormigas! —recapacitaba entre  
sí, sacudiéndose—. ¡Nunca más me meteré con señoritas!

*El verano pasaba. Pasaban los cielos azules y los largos días. Cuando avanzaba el año, como que las horas se precipitaran, por eso nos parece tan corta la última parte de nuestra vida. La plumilla solía preguntarse el por qué de aquella prolongada errancia bajo el sol y las estrellas. Le entraban desfallecimientos que la traían a tierra y en una de esas cayó con un mosquito en las redes de una araña.*

*Al ruido que hicieron al enredarse salió la dueña de casa y haciendo un irónico saludo trató a sus prisioneros como si fuesen visitantes que venían a consultar su ciencia —por que la araña es el Leroy-Boileau de los insectos.*

*—Vamos a ver —decía—: ¿Ustedes creen que se puede vivir así, al día, a la buena de Dios? El Evangelio no vale lo que la economía doméstica. Es preciso formarse un hogar, aunque éste sea una trampa. En el mundo no hay sino dos castas, la de los que acechan y la de los que caen; luego, hay que formarse un hogar.*

*—Señora —dijo el mosquito—: ¿podría usted dejarme salir?*

*—¡Ah, no! —protestó el sabio con todo calor—. ¡Nunca me perdonaría haberte devuelto a tu azarosa existencia! Cuando menos escúchame.*

*Y siguió desenvolviendo razones tan sutiles, pegajosas y complicadas como los hilos que entreteje. Al fin de todo volvía al mismo punto de partida: que hay arañas y moscas y que se debía tener una tela; ella tenía además su historia y la de su familia (Migdaláceas aurilantes), escrita en dos volúmenes por un famoso médico que había llegado a director de la Academia de Baile.*

*—Y usted, amiguita, déjese de divagaciones y de creerse portadora de misterios —le aconsejó a la plumilla—; ya que no puede quedarse conmigo, porque mi asilo no conviene sino a las moscas, búsquese otro acomodo con una zarza de posición y no se mueva más. La patria llega hasta ese cerro, y como con nosotros se acaba también la Eternidad, cada cual debe preocuparse de sí mismo.*

*Esta vez el viento vino también a libertar a la plumilla y a ponerla nuevamente en marcha. Se aproximaba la noche;*

divisábanse a lo lejos múltiples luminarias, y volando la aventurera, volando, volando, al parecer al azar, pero siempre impulsada por la misma fuerza, no tardó en cernirse sobre las calles de una populosa ciudad, y nunca se le figuró tan bien como entonces que los hombres eran reptiles, pobres gusanos en el fondo de las zanjas que ellos mismos habían abierto para que por ellas se repartiase el aire como un arroyo azul.

De pronto, y sin saber por dónde había entrado, vino a hallarse en el recinto magnífico de un teatro, cuajado de luces que brillaban en los artonados y en los prendidos de las mujeres.

Se daba una obra nueva, y al fondo la decoración representaba un bosque. Ofuscada y confusa la plumilla pasó cerca de las arañas de gas, saludada por los muchachos que la celebraban como a una pajarita, rozó la peluca de una de las actrices, y buscando un refugio fue a enredarse en las palmeras de cartón. Con ella un soplo nuevo había atravesado: las damas se distraían en los palcos; los comediantes, mientras recitaban, recorrían su pasado, su niñez, el campo y los primeros ensueños. Y entre todo aquel artificio, delante de esa grave concurrencia, el autor sintió, quién sabe por qué, irresistibles ganas de llorar. Apenas descendió la cortina penetró al escenario y tomando delicadamente a la plumilla la echó afuera por un tragaluz, como una paloma que llevaría a los espacios su pobre mensaje de poeta.

Pero le ocurrió a la plumilla que, desorientada por la claridad que salía y por aquel bosque de por ver, habría seguido creyendo de papel pintado el firmamento, si no acierta a cruzarlo una estrella. Pensó, ¡oh, qué magnífica!, ignorando que fuera como ella una plumilla que el mismo hálito misterioso había hecho desprenderse de la flor celeste. Como no hay nada que no lleve semilla, la estrella fugaz abriga entre sus rayos el deseo que formulan los mortales al verla caer, y como nada deja de germinar, dentro del año lo tendrán realizado... Pedidle, amiguitos, que el año venidero nos amemos al igual que ahora.

Estaba otra vez dentro de la Naturaleza. El cielo era in-

tenso y profundo. No había luna; pero cada astro aparecía tan penetrado de su misión de alumbrar, que en la tierra misma las tinieblas no lograban condensarse. Uno, sobre todo, destellaba como un prisma, y el vilano, que muchas veces había viajado de noche, se sintió atraído como nunca hacia lo alto. Amaba a la estrella con toda la fuerza de su corazóncito de dieciocho días. Hubiera querido alcanzar hasta ella como había alcanzado a la lámpara del teatro y dar vueltas en torno suyo como un satélite imperceptible; y nada más hasta el juicio final.

Sólo que en ciertas regiones el viento cesa, y al llegar a cierta altura, como si la hubiera soltado la mano que la conducía, la plumilla comenzó a descender, como el paracaídas de un globo, hasta tocar el agua de un estanque.

Un largo rato se quedó sobrecogida sobre esa superficie negra que se perdía en la sombra. También brotaban de su seno ligeras fosforescencias, porque hasta las malas emanaciones vienen a ser luz. Los juncos de la orilla dormían un sueño pesado. Las lianas embarazaban hasta donde podían la ruta, y todo alrededor parecía cernirse una atmósfera incierta, como una pesadilla presta a disiparse, siendo lo angustioso que esto no acabara de suceder.

Entre tamaño letargo fue donde encontró a la banda más ideal e inmaculada. Bogaban los cisnes sin ningún cuidado, y aquello como que algo absolvía de su veneno al estanque. La plumilla se les reunió haciéndose la ilusión de que vestía uno de esos plumajes que ningún cieno es capaz de manchar. Avanzó, llena de confianza también; y era tan segura la estela que trazaban, que hubiera podido seguirla un ciego.

“¿Dónde está mi tesoro? ¡He perdido mi semilla!”, se dijo el vilano deteniéndose... ¿En qué parte la había soltado? Quiso volver contra la corriente, pero todo habría sido inútil. ¿Era el pantano, pues, donde iban los cisnes a poner su huevo de oro?... Y proseguía lamentándose mortalmente abatida, porque le hacía falta comprender que lo que menos conoceremos nunca es el paraje donde queda nuestra semilla.

*Nadie debe ver germinar la suya; pero germinará sin duda, bajo el ojo de Dios, en manos de la Providencia, y después de habérsela confiado nada nos queda a nosotros sino morir.*

*De pronto un clamor surgió de todas partes. Las plantas sacudían sus hojas. Apresuradamente recogía sus mallas la niebla, y con el viento que se había levantado todo pareció volver a la vida. ¡Volemos!, soplabla el viento, y al paso tomaba a su grupa los ruidos y los olores. ¡Volemos!, y los zancudos se arremolinaban desolados. ¡Volemos!, y la banda de cisnes tendió las alas. Hasta los sapos y los guzarapos como que querían lanzarse al infinito. Y con los perfumes, los sonidos, los insectos y las aves, arrebatada por un viento de entusiasmo, la plumilla pudo salvar inconcebibles distancias.*

*Era una aurora lejana lo que así sonreía en medio de la noche; un monte secular que el rayo había abrasado. Y hacia aquella hoguera, alimentada por todos los robles de la selva, prendida con una chispa del cielo los cuatro vientos convergían en todas las aspiraciones.*

*—¡Volemos hacia ella, porque todavía somos crisálidas! —decían las mariposas.*

*—¡Todo brilla mientras arde, todo sirve para el fuego! —decían los cucarachos.*

*Y los vientos canturreaban:*

*—¡Volemos hacia la hoguera! ¡Cuándo entró nuestra plumilla en la rueda? ...*

*El grito de muerte de las mariposas era un grito de resurrección... No sintió sino que todo crepitaba, como si la tierra de un golpe quisiera purificarse...*

*—¡Todavía somos crisálidas! —cantaron las mariposas... y una vez más ella palpitó de esperanza.*

*Y tan frágil como era, al consumirse en el incendio hubiérase dicho que lo acrecentaba, y que en el cielo, más pura y más ardiente, la llama viva se había elevado más...*

*Niño: ¿qué puede ser grande ante Dios? ¡Entonces nada hay pequeño tampoco! Es preciso distinguir una gota de agua de otra, porque en el inmenso océano no se encontrarían dos*

iguales, y preciso también que nos interese la vida ínfima de la brizna y del insecto, parecidas a nuestra vida y a la vida entera.

### GOTA DE AGUA

Hoy, en febrero, pleno mes del Sol, la mañana ha amanecido como de invierno. Mojada la tierra y el cielo ceniciento. Esa lluvia fina ha desgajado algunas hojas de los árboles y cómo en las ramas se enredaba la neblina de los días húmedos, el paisaje de verano se me ha aparecido bajo una forma inesperada.

Pero tras de la nube se presiente el Sol. Uno no toma en serio toda esta melancolía sino como un pasatiempo y una sorpresa agradable. La brisa hará evaporarse el agua y el verdor del campo brillará todavía más.

¿Por qué, pues, me afito yo en mi estación de oro, en la mañana de mi vida, por estas ligeras nubes? No hacen sino prestarle un encanto mas a mi juventud. Todavía el Sol tiene que recorrer una larga trayectoria sobre mi cabeza; todavía no deja huella nada de esto. Una hoja menos, apenas, una pequeña advertencia de que después de la luz y del otoño, se sigue la vejez.

Pero esto se parece tanto al dolor de las desilusiones decisivas, a los supremos abatimientos, como se parece al invierno esta mañana nublada, a las mañanas sin flores y sin pájaros en que el Sol no "puede" aparecer, porque ya no se le espera.

Y vendrán, vendrán los días de invierno, breves, es cierto, pero cerrados a todo horizonte y trayendo consigo la noche interminable.

Sonriamos, entre tanto; nuestras lágrimas de hoy no son sino rocío, mientras que hasta el rocío de aquellos días que han de venir, la tristeza de la lluvia y la escarcha, se parecerán a las lágrimas.

De PALABRAS PARA CANCIONES; Composición  
Quinta.

## BIBLIOGRAFIA DE AUGUSTO D'HALMAR

### OBRAS DEL AUTOR

#### NOVELAS, CUENTOS, POEMAS

1. *La Lucero*. Santiago de Chile. 1902.
2. *La Lucero*, novela. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla. 1934.
3. *Juana Lucero*, novela. Tercera edición. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952.
4. *Vía Crucis*. Publ. en *Veladas del Ateneo*. Santiago de Chile 1906.
5. *La lámpara en el Molino*. Imprenta New York, Santiago de Chile, 1914.
6. *La lámpara en el Molino*. Novelas. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
7. *Mi otro yo* (De la doble vida en la India). Edic. de la Novela Semanal, Madrid.
8. *Al Caer la Tarde* (drama en tres actos). Antonio López. Edic. Barcelona. 1907.
9. *Nirvana* (Viajes al extremo oriente), Casa Edit. Maucci, Barcelona. Colección de Escritores Americanos dirigida por Ventura García Calderón. S/F.
10. *Nirvana* (Cuaderno de bitácora). Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
11. *La sombra del humo en el espejo*. Novela. Editora Internacional, Madrid. 1924.
12. *La sombra del humo en el espejo*. Ediciones Ercilla. S/F.
13. *4 Evangelios en uno* (con ilustraciones en color de Hermann Paul). Edic. de lujo de Eugenio Pichon. París.
14. *Vía Crucis* (con ilustraciones en madera de Hermann Paul). Edic. de lujo de Eugenio Pichon. París.
15. *La pasión y muerte del Cura Deusto*. Novela. Editora Internacional. Madrid, 1924.
16. *La pasión y muerte del Cura Deusto*. Novela. Segunda Edición. Edit. Nascimento. Santiago de Chile, 1938.
17. *La Mancha de don Quijote*. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1934. Biblioteca América III.
18. *La Mancha de don Quijote*. Segunda Edición. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1935. Biblioteca América III.
19. *Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1934. (Con prólogo de Juan Bardiña: *Augusto d'Halmar y España*).
20. *Capitanes sin barco*. Novelas. Ediciones Ercilla, 1934. (Con prólogo de Ernesto Montenegro).
21. *Gatita* (y otras narraciones). Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1935.
22. *Amor cara y cruz* (Novelas). Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1935.
23. *Los Alucinados*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
24. *Rubén Darío y los americanos en París*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1941.
25. *Palabras para Canciones*. Poemas en tono menor. Editorial Or-

be, Santiago de Chile, 1942. (Con prólogo de Ricardo A. Latcham). 26. *Mar. Historia de un pino marítimo y de un marino*. Imprenta Leblanc. Santiago, 1943. 27. *Carlos V en Yuste*. Castilla. Edición de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile, 1945. 28. *Cristián y Yo*. Prólogo de Mariano Latorre, ilustraciones de Romera. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1946. 29. *Los 21*. Prólogo de Alone, caricaturas de Romera. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1948.

## PRÓLOGOS

1. *Flautas en la Sombra*, por María Tagle. Prólogo de Augusto d'Halmar. Editorial Nascimento, 1934. 2. *La Biblia de Keirot*. Poemas en prosa y verso. Prólogo de Augusto d'Halmar. Imprenta Virginia. Santiago, 1934. 3. *El secuestro del Dr. Baloux*. Prólogo de Augusto d'Halmar. Santiago, 1936. 4. *Triptico. Irma Astorga, Víctor Sánchez, Manuel Rueda*. Santiago, 1950. Prólogo de Augusto d'Halmar.

## REFERENCIAS A SUS OBRAS

1. Alone.—*Crónica literaria*.— *Juana Lucero*. Novela de Augusto d'Halmar. "La Nación", 14 de junio de 1925. 2. Alone.—*Tres prosistas contemporáneos*.—Publ. en Zig-Zag, 1927. 3. Alone.—*Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*.—Editorial Nascimento, 1931. Santiago de Chile.—Ver: *Augusto d'Halmar. 1880*, pp. 126-130. 4. Alone.—*Crónica literaria*.— *La Mancha de don Quijote*, por Augusto d'Halmar. "La Nación", octubre de 1934. 5. Alone.—*Crónica literaria*.— *Capitanes sin barco*, por Augusto d'Halmar. "La Nación", 9 de diciembre de 1934. 6. Alone.—*Crónica literaria*.— *Mi otro yo. La doble vida en la India*, por Augusto d'Halmar. "La Nación", 26 de mayo de 1935. 7. Alone.—*Palabras para Canciones* (Edit. Orbe), por Augusto d'Halmar. Publ. en los Anales de

la Universidad de Chile, tercero y cuarto trimestres de 1942. Prensas de la Universidad de Chile, 1943, pp. 519-523. 8. Alone.—*Los 21*, por Augusto d'Halmar, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1948. Con prólogo de Alone. Caricaturas de Romera. 9. Alone.—*Historia Personal de la Literatura Chilena*.—Edit. Zig-Zag, 1954. Santiago de Chile, pp. 248-250. 10. Anderson Imbert, Enrique.—*Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954. Ver: *Augusto Thomson*, p. 288. 11. Anónimo.—*Crónica Literaria*.— *Juana Lucero*, por Augusto d'Halmar. "La Nación", junio de 1925. 12. Anónimo.—*Homenaje de los escritores chilenos*.—"El Mercurio", 29 de julio de 1934. 13. Anónimo.—Puntos de vista. — *Augusto d'Halmar, premio de lite-*

ratura.—Publ. en Atenea, año XIX, marzo de 1942, Nº 201.

14. Anónimo.—*El escritor don Augusto d'Halmar falleció ayer en esta capital.*—“El Mercurio”, 28 de enero de 1950.

15. Anónimo.—*Ayer se efectuaron los funerales del escritor don Augusto d'Halmar.*—“El Mercurio”, 29 de enero de 1950.

16. Anónimo.—*A las 11.30\* horas de ayer falleció Augusto d'Halmar.*—“La Nación”, 28 de enero de 1950.

17. Anónimo.—*D'Halmar, antiguo colaborador de nuestro Diario.*—“La Nación”, 28 de enero de 1950.

18. Amunátegui Solar, Domingo.—*Letras Chilenas*, Editorial Nascimento, 1934, Santiago de Chile. Pp. 325-327.

19. Arriagada Augier, Julio y Golsack, Hugo.—*Mito y realidad en la obra de Augusto d'Halmar.*—Publ. en Revista de Educación. Ministerio de Educación Pública de Chile, Nº 59, año XII, junio de 1952.

20. Baeza Flores, Alberto.—*D'Halmar, última aventura.*—Publ. en Pro Arte, Nº 95, año II, 15 de junio de 1950.

21. Bardina, Juan.—*Augusto d'Halmar y España.*—Publ. en “La Semana Internacional”, Valparaíso, 24 de noviembre de 1934.

22. Bardina, Juan.—*Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española, por Augusto d'Halmar.* Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1934.—Con prólogo de Juan Bardina: *Augusto d'Halmar y España* (es una reproducción del artículo anterior).

23. Barrios, Eduardo.—*La Mancha de don Quijote*, por d'Halmar. —Publ. en “Las Últimas Noticias”, octubre de 1934.

24. Cañas, Hernán.—*Ultimo adiós*

*al almirante del mundo* (poesía). Publ. en “Atenea”, año XXVII, abril de 1950, Nº 298.

25. César, Julio.—*Comentarios de César. D'Halmar.*—“La Nación”, 2 de mayo de 1935.

26. Cruchaga-Santa María, Angel.—*D'Halmar, en la rada de su propia estrella.*—Publ. en “Pro Arte”, Santiago de Chile, 15 de julio de 1948, Nº 79, año II.

27. Darío, Rubén.—*Don Augusto d'Halmar* (poesía).—Publ. en “Pro Arte”, Santiago de Chile, 15 de julio de 1948, Nº 79, año II.

28. D'Halmar, Augusto.—*Cuento cómo cuento un cuento.*—Publ. en “El Cuento Chileno”, separado de “Atenea”, editada por la Universidad de Concepción. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1948.

29. Donoso, Armando.—*Aquello... Halmar.*—Publ. en “Los Diez”, Santiago, Nº 5 (III de la Revista), 1917.

30. Donoso, Armando.—*Recuerdos de una colonia tolstoyana.*—“El Mercurio”, 27 de junio de 1920.

31. Délano, Luis Enrique.—*Una carta sobre d'Halmar.*—Publ. en “Atenea”, año VII, Nº 66, p. 89, 1930.

32. Durand, Luis.—*Augusto d'Halmar.*—Publ. en “Atenea”, año XXVII, enero-febrero de 1950, números. 295-296.

33. E. B.—*Homenaje a d'Halmar.*—“Pro Arte,” año II, Nº 79, 15 de julio de 1948.

34. E. M.—*D'Halmar, el animador.*—“El Mercurio”, sábado 28 de enero de 1950.

35. Edwards Bello, Joaquín.—*La colonia tolstoyana.*—“La Nación”, 15 y 22 de agosto de 1927.

36. Edwards Bello, Joaquín.—*Lo que dicen algunos chilenos en el*

- extranjero.—“La Nación”, noviembre de 1923.
37. Edwards Bello, Joaquín.—Crónicas. Valparaíso-Madrid. Talleres de “La Nación”, Santiago de Chile, 1924. Ver: *El desencantado*, pp. 79-82.
38. Espinosa, Juanuario.—*Augusto d'Halmar*.—Publ. en “Atenea”, año 10, t. XXV, N° 103, Stgo., nov. de 1933, pp. 155-170.
39. Gajardo Erazo, Raquel.—*Augusto d'Halmar.—Su época, su vida, sus obras*. Memoria para optar al título de Profesora para optar al título de Castellano.—Santiago de Chile, 1935. (Tamaño oficio, a máquina).
40. González Vera, José Santos.—*Mar. Historia de un pino marítimo y de un marino*. Editorial Cruz del Sur. Santiago, 1943. Prólogo de J. S. González Vera.
41. González Vera, José Santos.—*Esbozo biográfico de d'Halmar*.—“Pro Arte”, año II, N° 27, 15 de julio de 1948.
42. González Vera, José Santos.—*Cuando era muchacho*.—Edit. Nascimento, 1951, pp. 216-217.
43. Koenenkampf, Guillermo.—*Visión del cuento chileno en el siglo XX*. El Cuento Chileno, separado de “Atenea”, publicado por la Universidad de Concepción. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1948.
44. Labarca, Gustavo.—*Cita con d'Halmar siete años después*.—Publ. en “Pomaire”, año I, N° 5. Santiago de Chile, abril de 1957.
45. Labarca Garat, Gustavo.—*Semblanza de Augusto d'Halmar*.—Publ. en “Atenea”, año XXVII, N° 298, abril de 1950.
46. Latcham, Ricardo A.—*La obra literaria de Augusto d'Halmar*.—“La Nación”, 5 de abril de
47. Latcham, Ricardo A.—*Palabras para Canciones*.—Poemas en tono menor, por Augusto d'Halmar. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1942. Prólogo de Ricardo A. Latcham (reproducción del artículo anterior).
48. Latcham, Ricardo A.—*Cristián y yo*, por Augusto d'Halmar, Nascimento, Santiago, 1946.—“La Nación”, 29 de septiembre de 1946.
49. Latcham, Ricardo A.—*Los 21*, por Augusto d'Halmar, Nascimento, Santiago, 1948.—“La Nación”, 3 de octubre de 1948.
50. Latcham, Ricardo A.—*Augusto d'Halmar*.—“La Nación”, 28 de enero de 1950.
51. Latcham, Ricardo A.—*Juana Lucero*. *Augusto d'Halmar*.—Edit. Nascimento, 1952. “La Nación”, 17 de agosto de 1952.
52. Latorre, Mariano.—*Antología de cuentistas chilenos*.—Selección y prólogo de Mariano Latorre. Biblioteca de Autores de Chile.—XV.—Santiago de Chile 1938. Ver: *El Cuento chileno y la imaginación*. *Augusto d'Halmar*. Pp. XVI-XVII.
53. Latorre, Mariano.—*La Literatura de Chile*.—Edit. Coni, Buenos Aires, 1941. Ver en Cap. V. El Cuento.—*El cuento chileno y la imaginación: Augusto d'Halmar*, pp. 147-8. (Es una reproducción textual de lo anterior).
54. Latorre, Mariano.—*Cristián y yo*, por Augusto d'Halmar. Prólogo de Mariano Latorre. Ilustraciones de Romera. Edit. Nascimento, Santiago de Chile, 1946.
55. Lillo, Samuel A.—*Espejo del Pasado*.—Memorias literarias. Edit. Nascimento, Santiago de Chile, 1947. — *Augusto Thompson*, pp. 189-190-275.
56. Martínez Hermoso, Agustín.—*Gabriela Mistral y los Premios Na-*

- cionales de literatura.—Edit. Rapa Nui, S. A. Santiago, 1950.
57. Montenegro, Ernesto.—*Apreciación de d'Halmar*.— Publ. en "Atenea", año XI, tomo XVII, Nº 109, julio de 1934.
58. Montenegro, Ernesto.—*Capitanes sin barco. Novelas*. Ediciones Ercilla, 1934. Prólogo de Ernesto Montenegro. (Reproducción del artículo anterior).
59. Montenegro, Ernesto.—*De descubierta*.—Editorial Cruz del Sur, 1951. Vid. *Apreciación de d'Halmar*, pp. 59-80. (También es una reproducción del artículo publicado en "Atenea").
60. Montenegro, Ernesto.—*D'Halmar y el concepto del escritor*. Publ. en "Pro Arte", año II, Nº 79, 3 de febrero de 1950.
61. Melfi, Domingo.—*Libros olvidados*.—"La Nación", febrero de 1933.
62. Melfi, Domingo.—*El Viaje literario*.—Edit. Nascimento, 1945, pp. 178-79.
63. Muñoz Medina, Guillermo.—*Generación Literaria de 1900 y Augusto Thompson*.— Publ. en "Atenea", febrero de 1935.
64. M. B.—*Libros y revistas. Tras la quimera*.—"El Mercurio", julio de 1934.
65. Meza Fuentes, Roberto.—*Crónica bibliográfica semanal. La Mancha de don Quijote*, por d'Halmar.—"El Mercurio", septiembre de 1934.
66. Nervo, Amado.—*A d'Halmar*. (Poesía).— Publ. en "Pro Arte", año II, Nº 27, 3 de febrero de 1950.
67. Omer Emeth.—*Crónica bibliográfica. La Pasión, y Muerte del Cura Deusto*, por Augusto d'Halmar. Madrid, Edit. Internacional, 1924.—"El Mercurio", 29 de diciembre de 1924.
68. Omer Emeth.—*Crónica bibliográfica. La Mancha de don Quijote*, por Augusto d'Halmar.—"El Mercurio", 30 de septiembre de 1934.
69. Orlandi, Julio y Montes, Hugo.—*Historia de la literatura chilena*. Editorial Del Pacífico, 1957, tercera edición. Pp. 273-277.
70. Osses, Mario.—*Sobre siete cuentos maestros de la literatura chilena*.—Publ. en "El Cuento Chileno, separado de "Atenea", editada por la Universidad de Concepción. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1948. Ver aquí: *En Provincia*, por Augusto d'Halmar.
71. Roa, Alejo y Livacic, Ernesto.—*Literatura chilena*.—Editorial Salesiana, 1955. Pp. 77-79.
72. Rodig, Laura.—*Laura Rodig capta los últimos instantes de la vida de Augusto d'Halmar en dramáticos trazos*.—Publ. en "Pro Arte", año II, Nº 80, 2 de marzo de 1950.
73. Sánchez, Luis Alberto.—*Nueva historia de la literatura americana*.—Edit. Americalee, Buenos Aires, 1944. Pp. 357, 424.
74. Sánchez, Luis Alberto.—*Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*.— Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos. Edit. Gredos, Madrid, 1953. Ver: Capítulo VIII. *La Novela imaginaria y poemática*, pp. 202-205; Capítulo XVI. *Novelas de aventuras*, pp. 445-446.
75. Sander, Carlos.—*Querido maestro*.—Publ. en "Pro Arte", año II, Nº 79, 3 de febrero de 1950.
76. Santana, Francisco.—*Augusto d'Halmar. El soñador desencantado*.—Publ. en "Occidente", Stgo.

de Chile. Año XIII, julio-agosto de 1958, N° 114.

77. Santiván, Fernando.—*Memorias de un tolstoyano*.—“El Sur” de Concepción, junio de 1934.

78. Santiván, Fernando.—*Memorias de un tolstoyano*.—“El Mercurio”, 7 y 15 de julio de 1934.

79. Santiván, Fernando.—*Augusto d'Halmar*.—“El Sur” de Concepción, octubre de 1934.

80. Santiván, Fernando.—*Memorias de un tolstoyano*.—Edit. Zig-Zag, 1955.

81. Silva Castro, Raúl.—*Para la futura novela chilena*.—Publ. en “Atenea”, año VII, N° 64, p. 399, 1930.

82. Silva Castro, Raúl.—Crónica bibliográfica.—*La Mancha de don Quijote*, por Augusto d'Halmar.—“El Mercurio”, octubre de 1934.

83. Silva, Castro, Raúl.—*Los cuentistas chilenos*.—Antología general desde los orígenes hasta nuestros días. Selección, con estudio preliminar de Raúl Silva Castro. Editorial Zig-Zag. s/f. [1938].

84. Silva Castro, Raúl.—*Augusto d'Halmar*.—“El Mercurio”, 29 de enero de 1950.

85. Silva Castro, Raúl.—*Panorama de la novela chilena. 1843-1954*.—Colección Tierra Firme N° 59. Fondo de Cultura Económica, México, 1955. Cap. VII. D'Halmar (1880-1950), Silva y algunos de sus contemporáneos pp. 106-110.

86. Torres-Rioseco, Arturo.—*Breve historia de la literatura chilena*.—Manuales Studium - I. Ediciones de Andrea. México. 1956. Ver: *Augusto d'Halmar*, pp. 103-107.

87. Torres Rioseco, Arturo.—*La gran literatura iberoamericana*.—Emecé Editores, S. A. Buenos Ai-

res, 1951, 2ª edic. Pp. 214-230-231.

88. Thayer, Silvia.—*Rebelde hasta el último*.—Publ. en “Pro Arte”, año II, N° 27, 15 de julio de 1948.

89. Undurraga, Antonio de.—Los Libros: *Mar (Historia de un marino y un pino marítimo)*, por Augusto d'Halmar, Santiago, 1943. Ediciones Cruz del Sur.—Publ. en “Atenea”, año XX, N° 216.

90. Valenzuela, Renato.—*Cartas íntimas de d'Halmar* [a Renato Valenzuela] Publ. en “Pro Arte”, año II, jueves 30 de marzo de 1950.

91. Valenzuela, Renato.—*Cartas íntimas de d'Halmar* [a Renato Valenzuela] Publ. en “Pro Arte, año II, jueves 13 de abril de 1950.

92. Valenzuela Renato.—*Cartas íntimas de d'Halmar* [a Renato Valenzuela]. Publ. en “Pro Arte”, año II, jueves 27 de abril de 1950.

93. Valle, Juvencio.—*Pequeño retrato de d'Halmar*.—Publ. en “Pro Arte”, año II, 3 de febrero de 1950.

94. Vattier, Carlos.—*Kaleidoscopio de hoy*. El Premio Nacional.—Publ. en Ercilla, año VII, Santiago de Chile, 25 de marzo de 1942, N° 360.

95. Vattier, Carlos.—*A. d'Halmar obtuvo el Premio Nacional de Literatura: son 50 mil pesos; es un incansable viajero: le dicen el Byron de América*.—Publ. en Ercilla, año VII, Santiago de Chile, 1º de abril de 1942, N° 361.

96. Vega, Manuel.—*La Mancha de don Quijote*, por d'Halmar.—“El Mercurio”, agosto de 1934.

97. Vial, Sara.—*Soneto a d'Halmar*.—“La Nación”, 18 de mayo de 1958.

## INDICE DE NOMBRES CITADOS \*

- Alone (Hernán Díaz Arrieta), 22,  
42, 44, 47.
- Andersen, Cristián, 6, 14, 38, 42.
- Azorín, 5, 14, 24, 46.
- Balzac, H., 4, 9.
- Bardina, Juan, 26.
- Barrios, Eduardo, 7, 45, 48.
- Blest Gana, Alberto, 31, 44.
- Bloxman, John Francis, 21.
- Brickles, René, 44.
- Byron, 10, 20.
- Canut de Bon, 10.
- Cervantes, M. de, 25, 37.
- Conrad, J., 43.
- Cross, Juana, 6.
- Chateaubriand, 12, 43.
- Darío, Rubén, 7, 14, 31, 32, 33, 45.
- Daudet, Alfonso, 7, 8, 10, 38, 42.
- Délano, Luis Enrique, 47.
- Díaz Garcés, Joaquín, 47.
- Dickens, Ch., 6, 9.
- Donoso, Armando, 5.
- Dostoiewski, F., 9.
- Edwards Bello, Joaquín, 21, 31.
- Espejo, Angel Custodio, 44.
- Espina, Antonio, 21, 45.
- Farrère, Claude, 21.
- Gana, Federico, 47.
- Galdós, 11.
- Gide, André, 20.
- Goethe, 16.
- Goemine Thomson, Augusto, 5.
- Goemine, Augusto, 6.
- González Vera, J. S., 35.
- Gorky, Máximo, 9.
- Gomien, William, 40.
- Grez, Vicente, 44.
- Grieg, 6.
- Hernández, Juvenal, 5.
- Hugo, Víctor, 43.
- Huidobro, Vicente, 24.
- Ibsen, 6, 11, 12, 42, 43.
- Isla, Padre, 20.
- Labarca, Guillermo, 47.
- Larreta, 22.
- Latcham, Ricardo, 5, 32, 34, 46.
- Latorre, Mariano, 6, 45, 47, 48.
- Lillo Baldomero, 47.
- Lillo, Eusebio, 45.
- Lillo, Samuel A., 20.
- Loti, P., 12, 13, 34, 38, 39, 42.
- Maeterlink, 11, 14, 42.
- Maeztu, María de, 45.
- Machado, Antonio, 38, 42.
- Magallanes Moure, M., 10, 47.
- Maluenda, R., 45, 47.
- Mallarmé, 11.
- Mann, Thomas, 21.
- Matta, Guillermo, 45.
- Maupassant, 45.
- Melfi, Domingo, 5.
- Milos Z., Luhisz, 21.
- Miomandre, Francois de, 20.
- Miró, G., 46.
- Mistral, Gabriela, 47.
- Mondaca, C., 47.
- Montenegro, E., 47.
- Neruda, Pablo, 47.
- Nervo, Amado, 16, 36.
- Ortiz de Zárate, Julio, 10.
- Orrego Luco, Luis, 44.
- Pardo Bazán, E., 11.
- Pereda, 11.
- Poe, 11, 12, 42.
- Prado, Pedro, 47.
- Puga Borne, Federico, 13.
- Qucremel, Angel Miguel, 27.
- Rebolledo Correa, 10.
- Reyes, Salvador, 35, 47.

\* No aparecen en este índice los nombres mencionados en la Bibliografía.

Reyles, Carlos, 22.  
Ríos, Juan Antonio, 5.  
Saint-Pierre, Bernardín de, 12.  
Sanzio, Rafael, 11.  
Santiván, Fernando (Fernando Santibáñez), 7, 10, 13, 45, 47, 48.  
Shakespeare, 16.  
Selika, 6.  
Silva Castro, Raúl, 22, 39.  
Silva, Víctor Dgo., 47.  
Sócrates, 16.  
Solar, Hernán del, 47.  
Thayer, Silvia, 48.  
Thomson, Juan Jacobo, 6.  
Thomson, Joaquín, 6.  
Thomson Cross, Manuela, 6.  
Tolstoy, L., 8, 9, 10, 11, 42, 43, 45.  
Turguenev, Iván, 9.  
Unamuno, Miguel de, 32.  
Valenzuela, Renato, 48.  
Valle-Inclán, 46.  
Vargas, Moisés, 44.  
Vega, Daniel de la, 7.  
Vergara, Ulises, 5.  
Wilde, Oscar, 12, 21, 30.  
Zola, E., 42, 45.

## INDICE DE MATERIAS

|   |    |
|---|----|
| 1. Primer Premio Nacional de Literatura . . . . .                       | 5  |
| 2. Augusto d'Halmar . . . . .   | 6  |
| 3. d'Halmar y el periodismo . . . . .                                   | 7  |
| 4. Daudet . . . . .   | 7  |
| 5. Tolstoy . . . . .  | 8  |
| 6. Juana Lucero . . . . .   | 9  |
| 7. La Colonia Tolstoyana . . . . .                                      | 10 |
| 8. Loti . . . . .   | 12 |
| 9. La Lámpara en el Molino . . . . .                                    | 13 |
| 10. Andersen . . . . .  | 14 |
| 11. La India y d'Halmar . . . . .                                       | 14 |
| 12. Perú, Gatita . . . . .  | 18 |
| 13. Genio y Figura . . . . .  | 19 |
| 14. Vicisitudes . . . . .   | 20 |
| 15. Pasión y muerte del cura Deusto . . . . .                           | 21 |
| 16. La mancha de don Quijote . . . . .                                  | 24 |
| 17. Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española . . . . . | 26 |
| 18. España y d'Halmar . . . . .   | 26 |
| 19. Capitanes sin barco . . . . .                                       | 28 |
| 20. Amor, cara y cruz . . . . .   | 29 |
| 21. Los Alucinados . . . . .  | 29 |
| 22. Rubén Darfo y los Americanos en París . . . . .                     | 31 |
| 23. Palabras para canciones . . . . .                                   | 32 |
| 24. Mar, Historia de un pino marítimo y de un marino . . . . .          | 34 |
| 25. Cristián y yo . . . . .   | 36 |
| 26. Los 21 . . . . .  | 41 |
| 27. Importancia de d'Halmar . . . . .                                   | 44 |
| A RODAR TIERRAS . . . . .   | 50 |
| GOTA DE AGUA . . . . .  | 58 |
| BIBLIOGRAFIA DE AUGUSTO d'HALMAR . . . . .                              | 59 |
| Obras del autor . . . . .   | 59 |
| Referencias a sus obras . . . . .                                       | 60 |

AUGUSTO D'HALMAR  
Obras — Estilo — Técnica

Volumen I de la Serie Premios Nacionales de Literatura

por *Julio Orlandi y Alejandro Ramírez*

en su Segunda Edición, se terminó de imprimir bajo el sello de la Editorial Del Pacífico, S. A., el 25 de enero de 1960, en las prensas de la misma Santiago de Chile.